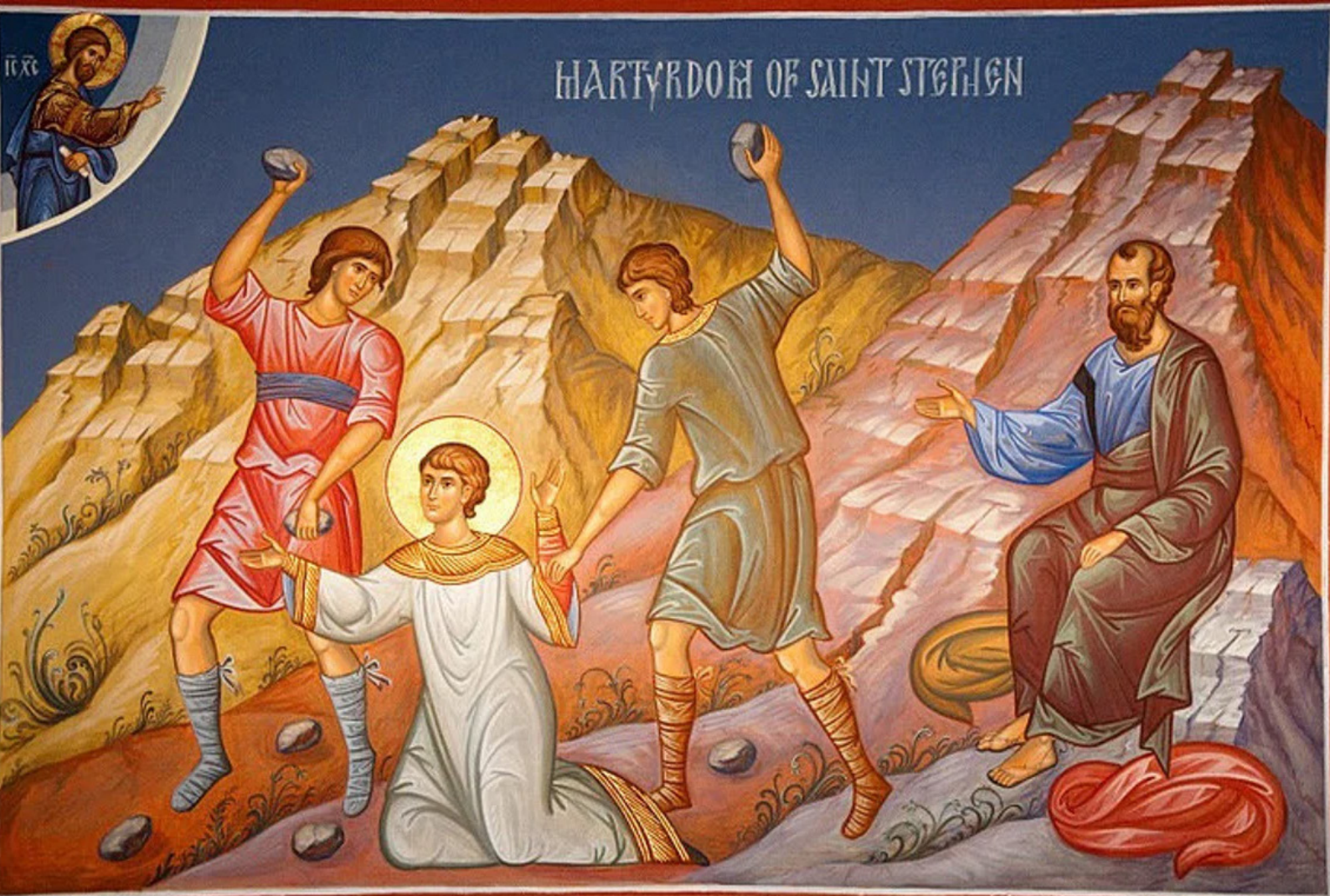


CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

**«ÉSTOS SON LOS QUE HAN SALIDO
DE LA GRAN TRIBULACIÓN»**



Año LXXXII- Núm. 1125 Abril 2025



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	31	Centenario de Schola Cordis Iesu
5	Los mártires de Otranto, la resistencia de un pueblo <i>Miguel Franco</i>	33	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
11	Mártires franciscanos de Georgia en defensa del matrimonio <i>Javier Moína</i>	37	Pro beatificación padre Enrique Ramière
14	Santas carmelitas de Compiègne, testigos del amor más grande <i>Isaac Rodrigo</i>	38	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
17	Siete obispos mártires en la Rumanía comunista <i>Pablo Goytisoló</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
20	«Mártires en Vietnam: san Valentín de Berrio-Ochoa y san Pedro Almató <i>Pablo Cano</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
22	Mártires ugandeses de la pureza <i>José Pío Jaurrieta</i>		
25	Los mártires españoles del siglo xx <i>M^a Reyes Jaurrieta</i>		
28	El «cos de portants» de Santa María Reina <i>José Manuel Moína</i>		

SECCIONES

Razón del número Tiempos martiriales

Recordar a los mártires es una invitación a reafirmar nuestra esperanza fundada en la omnipotencia misericordiosa de Dios y en el poder y la intercesión de los santos.

VIVIMOS tiempos martiriales en un doble sentido, por ser el siglo xx y el nuestro, siglos de mártires, y también porque en los últimos pontificados se han multiplicado las canonizaciones de mártires que dieron su sangre en tiempos anteriores. En este número hemos querido hacer memoria de mártires que dieron su vida como consecuencia de su labor misionera. Frecuentemente los misioneros, predicaron la fe en Cristo con su palabra y con su sangre, de este modo dieron testimonio con su vidas de la fe que predicaban. Y también recogemos la historia de mártires víctimas de poderes políticos anticristianos. Todos ellos canonizados en los últimos años.

Juan Pablo II hizo referencia repetidamente a esta realidad dramática y al mismo tiempo misteriosa y grandiosa: la condición martirial del siglo xx. La realidad del martirio en nuestro tiempo es intensa como nunca en la historia, y esto es algo providencial, es una llamada a la confianza que exige fe y humildad. En tiempos de soberbia y desesperanza la memoria de los mártires

cobra especial actualidad y urgencia, y debería ser motivo para intensificar nuestra oración y sostener nuestra esperanza

Recordemos lo que la Iglesia reza en el prefacio de la misa de los mártires: «Porque la sangre del glorioso mártir derramada, como la de Cristo, para confesar tu nombre, manifiesta las maravillas de tu poder; pues en su martirio, Señor, has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio».

Recordar a los mártires es una invitación a reafirmar nuestra esperanza, fundada en la omnipotencia misericordiosa de Dios y en el poder y la intercesión de los santos. Lo cual es sumamente necesario, dada la falta de esperanza en el mundo actual, a la que hacíamos referencia en nuestra revista en el número del mes de marzo. En un mundo caracterizado por la ausencia de la fe en Dios, tampoco puede haber esperanza, pero en muchas ocasiones desgraciadamente esta falta de esperanza alcanza también a los creyentes: lo que vemos a nuestro alrededor podría ser mal interpre-

tado como si Dios se hubiera olvidado de nosotros, nos hubiera dejado de su mano.

La situación de la Iglesia en nuestros días no es fácil de caracterizar. Desde el punto de vista de la cultura dominante, en el mundo occidental, se han ido sucediendo desde el siglo XVIII los intentos por borrar las raíces cristianas de esta cultura y sustituirlos por principios y filosofías de índole claramente incompatible con la fe cristiana. Estos principios son los que han estado presentes en las más variadas circunstancias de la vida política desde la Revolución Francesa hasta la actualidad. El resultado ha sido la creciente descristianización de la sociedad. En la medida que el Occidente llegó a ser una civilización planetaria su influencia ideológica secularizadora ha sido también universal. No obstante, hay que señalar como la difusión de la cultura occidental se ha realizado gracias a unas circunstancias sociales que han posibilitado a su vez la expansión misionera de la Iglesia durante los dos últimos siglos. Junto a estos hechos hay que contemplar la realidad martirial tan importante en esta misma

época. Parece como si el enfrentamiento entre la Ciudad de Dios y la Ciudad terrena, en el sentido al que se refiere san Agustín, tenga unas dimensiones e intensidad sin precedentes, la lucha contra toda idea de Dios se ha instalado en este mundo y al mismo tiempo la presencia providencial de Dios en medio de la Iglesia se manifiesta de forma más

En la debilidad de los mártires se manifiesta el triunfo de la gracia de Dios y su sacrificio martirial es también un anuncio profético de este triunfo de Cristo sobre el mundo.

clara y por caminos también cada vez más patentes. Son muchas las circunstancias que nos pueden hacer pensar que los acontecimientos presentes son signos que Dios dispone o permite para la realización de sus planes providenciales.

Estamos ante un mundo enfermo que necesita ser sanado y solo la gracia redentora de Cristo puede

hacerlo. En la debilidad de los mártires se manifiesta el triunfo de la gracia de Dios y su sacrificio martirial es también un anuncio profético de este triunfo de Cristo sobre el mundo, anuncian lo que será el mundo cuando sea transformado por el poder divino.

Cuando los mártires en España morían pronunciando en sus labios el grito de «viva Cristo Rey», no solo confesaban la razón última de su ofrenda martirial sino que también anunciaban con su muerte el triunfo de la gracia de Dios sobre el mundo. Las persecuciones, dijeron los obispos españoles, son signo y condición de la victoria definitiva de Cristo y de los suyos: poseen un significado escatológico, aparecen como un adelanto del juicio y de la instauración completa del Reino (cf. 1 Pe 4,17-19), y preludian el triunfo de la vida sobre la muerte y el nacimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. Ap 6,9ss; 7,13-17; 11,11s; 20,4ss). Esta es nuestra esperanza y este es el motivo de haber dedicado este número a recordar a tantos mártires que derramaron su sangre en testimonio de su fe.

Los mártires, signos de esperanza

El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los mártires, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Francisco, *Spes non confundit*

Los mártires de Otranto, la resistencia de un pueblo*

Miguel Franco

Antonio Primaldo y 812 compañeros mártires de Otranto fueron decapitados por las hordas musulmanas que acababan de conquistar la ciudad de Otranto en su camino hacia la conquista de Roma en 1480. Fueron canonizados por el papa Francisco en 2013 en la que sería su primera canonización como Papa.

Introducción

LA historia de los mártires de Otranto es un acontecimiento a la vez lejano (1480) y actual, tal y como han manifestado los papas Clemente XIV, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco durante el largo recorrido que ha llevado a los 813 mártires a su canonización colectiva. Estos mártires han padecido en su piel, la profecía de Jesucristo: «Entonces os entregarán a los tribunales, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre» (Mt 24, 9).

Antecedentes

A mediados del siglo xv, concretamente en 1453 se produce la caída de Constantinopla (actual Estambul) en manos del Imperio Otomano comandado por Mehmet II.

Tras la toma de Constantinopla, Mehmet II comunica al papa Nicolás II cuales son sus objetivos a modo de justificar su conquista. Argumenta que es su deber sacrosanto vengarse de los helenos modernos y deja bien claras sus intenciones de no detenerse con la conquista del Imperio de Oriente sino que su intención es apoderarse también del Imperio de Occidente cuya capital es Roma.

En realidad, el móvil principal de Mehmet II para proseguir en sus conquistas de Occidente consiste en la propagación del islam a través de la Guerra Santa.

En este periodo, la actual península italiana se encuentra en una posición muy débil frente a una posible invasión otomana. La crisis entre los estados italianos y su desunión les hace incapaces de ofrecer una resistencia militar coherente.

*El artículo está basado en el libro de Hervé Roulet, *Les martyrs d'Otrante*, editorial Roulet (París, 2019).



Mapa de la época

En 1479, Venecia, la única potencia capaz de enfrentarse a la armada otomana, no puede intervenir y se declara neutral debido al tratado firmado con los turcos tras una reciente guerra acaecida entre 1463 y 1479 con resultados muy desfavorables para la república veneciana. Además, y como muestra de su hostilidad hacia el rey de Nápoles, al cual pretende conquistar los pueblos de la Puglia, no se siente presionada a acudir en su ayuda. El Imperio Otomano es, además, conocedor de la guerra existente entre la Corona de Aragón y los Estados Pontificios contra Florencia desde 1478.

Esta situación va a ser aprovechada por la armada turca para intentar conquistar el Imperio de Occidente a través del sur de la actual Italia.

En julio de 1480, Mehmet II or-

dena a la flota situada en Valona (Albania) la conquista del sur de Italia. La flota turca, comandada por un cristiano renegado, el gran visir Agometh Pachá y aprovechando la bonanza marítima estival, pone rumbo a Brindisi como primera escala en su conquista de Roma.

Sin embargo, un fuerte viento en contra obliga a las naves a tocar tierra más al sur. El desembarco se producirá cerca del pueblo costero de Otranto, en la mañana del 28 de julio de 1480. La flota estaba compuesta por 150 naves y 18000 soldados sedientos de botín. Además del gran visir Agometh Pachá, la infantería estaba comandada por otro cristiano renegado, Aga Sabech, al frente de una guarnición de jenizaros.

Una vez se pone en conocimiento de las autoridades el desembarco

de la flota turca, se intenta reunir un pequeño ejército para hacer frente a la invasión. Sin embargo, la lucha es enormemente desigual. La armada turca se encuentra frente a una población rural desamparada con una pequeña guarnición como única defensa. Da comienzo el sitio de Otranto.

A pesar de la desigualdad de condiciones, los valerosos habitantes de Otranto consiguen evitar la entrada del ejército turco durante más de 15 días antes de rendir la ciudad.

Testigos de la época indican que, una vez rendida la ciudad, el ejército turco actuó contra la población con gran crueldad. Cristianos refugiados en la catedral fueron masacrados junto al arzobispo. Tanto hombres como mujeres y niños fueron víctimas del terror otomano.

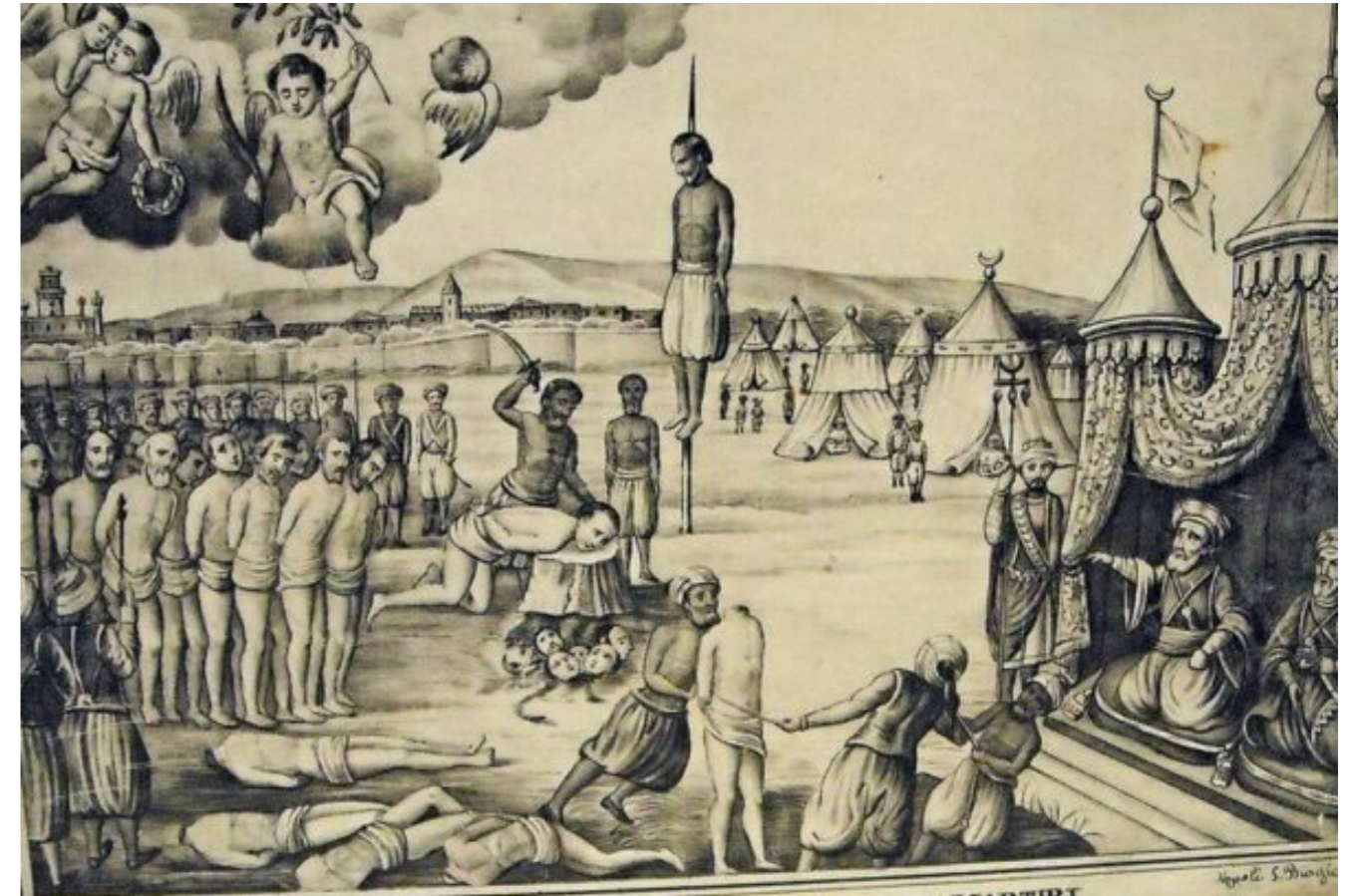


Imagen del martirio

Los que sobrevivieron fueron tomados como esclavos. Algunos permanecieron en la ciudad en tareas de avituallamiento para las tropas turcas. Otros fueron enviados como esclavos de regreso a Estambul. La ciudad se encontraba llena de cadáveres y de ruinas.

El martirio

La toma de la ciudad significó un desgaste importante para las tropas turcas. El ejército del rey de Nápoles pudo acercarse a la ciudad y el gran visir Pacha, que debería haber tomado ya Brindisi y Lecce se ve obligado a revisar su plan. Un puñado de héroes ha frustrado su plan y decide vengarse con los pocos que han tenido la suerte de sobrevivir.

El 13 de agosto de 1480, Agometh ordena reunir a todos los hombres

y mujeres en su presencia. Su campamento se encuentra en la Colina de la Minerva situada a mil pasos de distancia de la ciudad. Aproximadamente, 800 hombres y mujeres caminando en filas de 2 en 2 o de 3 en 3 son llevados a la presencia del Pacha. Un ulema, que no es más que un sacerdote apóstata de Calabria traduce las palabras de Agometh y se esfuerza en convencer a los habitantes de Otranto para que renieguen de Cristo tal y como él lo había hecho en su momento.

En su *Historia de la Guerra de Otranto*, transcrita en un manuscrito y publicada en 1924, Giovanni Michele Laggetto, nativo de Otranto (1504-1571), clérigo, jurista e historiador, escribió un texto basado en los recuerdos de su padre, quien sobrevivió a la guerra de 1480. Explica que en el momento en que el ulema in-

tenta hacer renegar de su fe a los 800 habitantes de Otranto, un tal Antonio Primaldo o Antonio Pezzulla de unos 50 ó 60 años se dirige a sus conciudadanos con estas palabras:

«Hermanos, hemos escuchado a qué precio se nos propone comprar el derecho a prolongar esta miserable vida. Hemos combatido hasta hoy por nuestra patria, nuestra vida y nuestros señores en la tierra. Ha llegado el momento de luchar por la salvación de nuestras almas redimidas por Cristo. Puesto que Él murió en la cruz por nosotros, conviene que muramos también por Él, firmes y constantes en la fe. Por esta muerte en la tierra, tendremos la gloria del martirio y la vida eterna».

Tras estas palabras, todos afirman al unísono y con fervor que prefieren morir antes que renegar de Cristo. A partir de ese momento



Reliquias de los mártires en la catedral de Otranto con Nuestra Señora de Otranto

la colina de la Minerva se convertirá en un altar de sacrificio.

Se producen entonces escenas muy emotivas. Niños pidiendo la bendición de sus padres, padres animando a sus hijos a afrontar valerosamente la muerte y otros gestos

Los mártires de Otranto se han revelado también como importantes intercesores. En concreto, según el testimonio de Saverio de Marco, los mártires salvaron en dos ocasiones a Italia de una invasión turca.

cargados de ternura. Todo ello transcurre en un clima de sorprendente serenidad. El Pacha fija el día del martirio para el 14 de agosto, vigilia de la solemnidad de la Asunción de la Virgen María, quizá sin saberlo.

En la mañana del 14 de agosto de 1480, el Pacha ordena que Antonio

Primaldo sea ejecutado en primer lugar. Antes de librarse al martirio Antonio exhorta a sus compañeros a ser fuertes en la fe y a dirigir sus miradas al Cielo que les espera.

Antonio es decapitado de un golpe de cimitarra. Sin embargo, ante el estupor general, se produce un hecho extraordinario. El cuerpo decapitado se pone de nuevo en pie. A pesar de los esfuerzos de los verdugos que, incluso con cuerdas, intentan tumbar el cuerpo, éste se mantiene de pie hasta que el último de los condenados muere. Ante tal prodigio, y admirando el coraje con el que los habitantes de Otranto mueren por su fe, uno de los verdugos, llamado Berlabei se convierte al cristianismo. Furioso, el Pacha condena al recién convertido a morir empalado.

Según las fuentes, la mayoría de los condenados murieron decapitados, otros fueron mutilados, otros empalados y algunos acribillados con flechas. Desde entonces la colina de la Minerva pasó a llamarse

colina de los mártires.

De la misma época existen numerosos testimonios fiables que atestiguan la veracidad del martirio. Entre ellos, el del Lucio Cardami (1410-1494) que participó en la guerra de Otranto en el ejército de Alfonso de Aragón para liberar la ciudad en 1481, concretamente el 10 de septiembre.

Los signos y los prodigios

Tras el martirio, una serie de hechos de orden sobrenatural se produjeron en el lugar del martirio e incluso en otros lugares. Estos son los testimonios utilizados durante el proceso de beatificación, iniciado en 1539.

Antonio Lazaretta, que tenía 6 años en el momento de los hechos, afirma haber visto los cuerpos de los mártires incorruptos tras más de 13 meses en el lugar del martirio. Cuando Alfonso II de Aragón los encontró, se encontraban intactos y sin mal olor.

Otros confirman que los cuerpos estaban intactos cuando se trasladaron a la catedral. Y son también muchos y dignos de fe los que confirman la presencia de luces en el lugar donde yacían los cuerpos. Estas luces incluso se veían encima de la catedral cuando los cuerpos se trasladaron.

Incluso los turcos afirman haber visto estas luces, aunque en este caso su interpretación fue que los demonios venían en la noche para recoger los cuerpos y llevarlos al infierno.

El notario apostólico Giuseppe Prete relata, por su parte, un hecho acaecido el 12 de mayo de 1685. Durante la inspección de las reliquias de los mártires en la iglesia de Santa Caterina a Formiello en Nápoles y en presencia del dominico Vincenzo Maria Orsini, quien se convertirá en Benedicto XIII (1724-1730), algunas personas percibieron una especie de respiración parecida al aliento de una persona viva acompañado de un suave olor a perfume.

Pompeo Gualtieri, canónigo de la iglesia de Otranto, confirma una aparición a principios del año 1671. Los habitantes observaron una multitud de lámparas encendidas como si se tratara de una procesión.

Domenico Tommaso Albanese establece una correlación entre ciertas apariciones y los momentos en los que ha existido mayor riesgo de los cristianos frente a los musulmanes. En particular, en 1677, cuando se les vio caminando en procesión y entraron en la iglesia de dos en dos cantando himnos. Al mismo tiempo, se veían muchas luces tanto en el interior de la iglesia como sobre el tejado. Este testimonio viene tanto de religiosos como de laicos. Estos hechos fueron comunicados por el arzobispo de Otranto, Ambrogio Piccolomini a Innocencio XI (1676-1689).

Plácido Troylo (1687-1757) explica que los mártires han sido vistos saliendo en procesión de la catedral dirigiéndose a la iglesia de Santa María de los Mártires. Cantaban a viva voz el Gloria y el *Jubilate*. Ocurrió el 14 de agosto de 1739 a la vista de todos los presentes.

Los mártires de Otranto se han revelado también como importantes intercesores. En concreto, según el testimonio de Saverio de Marco, los mártires salvaron en dos ocasiones a Italia de una invasión turca. En concreto la aparición de los mártires en la playa y en los muros de la ciudad provocó la huida del ejército turco en 1537 y 1644.

Beatificación y Canonización

Los fieles y los turistas pueden ver a día de hoy los restos de los mártires en 2 lugares. En Nápoles y en

«¿Dónde encontraron la fuerza para permanecer fieles?»

Hoy la Iglesia propone a nuestra veneración una multitud de mártires, que en 1480 fueron llamados juntos al supremo testimonio del Evangelio. Casi 800 personas, supervivientes del asedio y la invasión de Otranto, fueron decapitadas en las afueras de la ciudad. No quisieron renegar de la propia fe y murieron confesando a Cristo resucitado. ¿Dónde encontraron la fuerza para permanecer fieles? Precisamente en la fe, que nos hace ver más allá de los límites de nuestra mirada humana, más allá de la vida terrena; hace que contemplemos «los cielos abiertos» –como dice san Esteban– y a Cristo vivo a la derecha del Padre. Queridos amigos, conservemos la fe que hemos recibido y que es nuestro verdadero tesoro, renovemos nuestra fidelidad al Señor, incluso en medio de los obstáculos y las incomprendiones. Dios no dejará que nos falten las fuerzas ni la serenidad. Mientras veneramos a los mártires de Otranto, pidamos a Dios que sostenga a tantos cristianos que, precisamente en estos tiempos, ahora, y en tantas partes del mundo, todavía sufren violencia, y les dé el valor de ser fieles y de responder al mal con el bien.

Francisco, Homilía de canonización de los mártires de Otranto, 12/V/2003

Otranto. Sin embargo, las reliquias también son veneradas en diversos lugares de la Puglia, en Venecia y en España.

La causa de la beatificación se inicia en 1539. En diciembre de 1771, el papa Clemente XIV declaró beatos a los 800 otrantinos asesinados en la colina de la Minerva, e inmediatamente surgió un fuerte culto devocional en torno a ellos, que los llevó a convertirse en los santos patronos de Otranto.

En 2007, el Papa Benedicto XVI reconoció a Antonio Primaldo y a sus conciudadanos como mártires de la fe, así como el milagro de la sanación de una monja, atribuido a los mártires de Otranto.

El 12 de mayo de 2013, el Papa Francisco declaró su canonización siendo ésta la primera canonización realizada por el Papa Francisco. Los mártires de Otranto fueron proclamados oficialmente santos y toda la ciudad celebró su sacrificio con amor y devoción.

Las canonizaciones colectivas no son habituales en la iglesia católica. Aparte de los mártires de Otranto,

podemos citar a las víctimas del genocidio armenio, el caso de los mártires de Uganda que fueron masacrados entre 1885 y 1887 y canonizados en 1964 durante el concilio Vaticano II. Sin olvidar a los 26 católicos mártires de Japón crucificados en Nagasaki en 1957, o el Gran Martirio del 10 de Septiembre de 1622 igualmente en Nagasaki donde 52 cristianos fueron quemados vivos o decapitados. También en Nagasaki se han producido fenómenos sobrenaturales semejantes a los ocurridos en Otranto. No hay que olvidar, de la misma forma, los recientes casos de los 117 mártires de Vietnam o los 21 cristianos coptos de Libia que fueron ejecutados en una playa el 15 de febrero de 2015.

Una bonita historia mariana para finalizar

La estatua de Nuestra Señora de Otranto está hecha de madera y fue tallada en el siglo XIV. Después de la captura de Otranto, pensando que el revestimiento de la estatua era de oro, un otomano se la llevó a Vlora (Albania). Una vez arribado, se da

cuenta de que tan solo cuenta con un revestimiento dorado y la guarda en un trastero. Pero en su casa vivía una esclava otrantina, quien encuentra la Madonna y busca la forma de liberarla. La esposa del turco, a punto de dar a luz, tiene fuertes dolores y está en riesgo de muerte. Entonces, la esclava Otrantina le dice a la joven pareja que si la estatua es enviada de nuevo a Otranto, la esposa se salvará. Es más, la esclava le dice al turco que solo necesita liberar a la Madonna y que ella sola llegará a Otranto. Finalmente, el turco cede y los dolores cesan inmediatamente.

Fiel a su promesa, a pesar de no convertirse, el turco pone la estatua en un bote y lo abandona a la marea. La estatua aparece algunos días después en Otranto. Con gran alegría es llevada a la catedral donde preside el altar mayor sobre un soporte en mármol.

Restaurada en 2008 por María Prato, la Virgen escucha y responde a las oraciones de todos los fieles, rodeada de 7 armarios que contienen los restos de los 813 gloriosos mártires.

Mártires franciscanos de Georgia en defensa del matrimonio

Javier Moína

Fray Pedro de Corpa y sus cuatro compañeros franciscanos fueron asesinados por odio a la fe en septiembre de 1597 en Florida, actual Georgia (Estados Unidos). Todos ellos, originarios de España, respondieron generosamente a la llamada del Señor para evangelizar a los pueblos de América, hasta la donación de sus propias vidas.

EL papa Francisco ha reconocido mártires a los cinco franciscanos que llevaban las misiones del Guale, la actual Savannah (población del estado de Georgia, EEUU) traicionados y asesinados en septiembre de 1597.

Esta causa de beatificación ha sido apoyada por el episcopado de Estados Unidos, mostrando su agradecimiento al Papa por declararlos mártires, ya que han sido claro ejemplo de testimonio de verdad y fidelidad en la defensa del verdadero matrimonio y la familia.

Dos siglos antes de que el mallorquín san Junípero Serra comenzara su labor en la costa oeste de los Estados Unidos, los franciscanos españoles ya estaban evangelizando el sudeste del país. Al llegar los españoles a la costa de Georgia empezaron a tener relación con los Guale. Los franciscanos fueron acogidos por este pueblo, por lo que empe-

zaron a crear misiones llegando a fundar más de cien. Cuatro de estas evangelizaban a los guale en las distintas regiones como Tolomato capital del Guale, (cerca del actual Darién), Santo Domingo, Tupiqui y Santa Catalina.

Fray Pedro de Corpa (natural de Corpa, Madrid) fue uno de los principales impulsores de la evangelización de los guale y líder de esta misión al pueblo, debido a su amplia experiencia en la misión de La Florida.

A Fray Pedro le fue asignada Tolomato, la ciudad más importante para los guale, por ser su capital. Su labor evangelizadora fue muy bien acogida por el pueblo, incluso por el Gran Jefe don Francisco. aceptando también los productos provenientes de Europa, como adornos de cristal, herramientas de metal, textiles y otros artículos de lujo. Pedro tuvo que aprender su lengua para poder

El martirio, supremo testimonio de la verdad

No me servirá nada de los atractivos del mundo ni de los reinos de este siglo. Es mejor para mí morir en Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Es a Él a quien busco, a quien murió por nosotros. A Él quiero, al que resucitó por nosotros. Mi nacimiento se acerca...» (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos*, 6, 1-2).

«Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y esta hora, digno de ser contado en el número de tus mártires [...]. Has cumplido tu promesa, Dios, en quien no cabe la mentira y eres veraz. Por esta gracia y por todo te alabo, te bendigo, te glorifico por el eterno y celestial Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu Hijo amado. Por Él, que está contigo y con el Espíritu, te sea dada gloria ahora y en los siglos venideros. Amén» (*Martyrium Polycarpi*, 14, 2-3).

Catecismo de la Iglesia católica 2474



Pintura de fray Pietro da Corpa y cuatro compañeros de la Orden de los Frailes Menores, mártires en Norteamérica en el siglo XV

atender a todas las necesidades que los indígenas le pedían, como el bautismo y demás sacramentos.

Durante un tiempo, reinó la paz en el pueblo guale, pero todo cambió en septiembre de 1597 cuando murió el Gran Jefe don Francisco, quien tenía muy buen trato con los misioneros y con fray Pedro. Su hijo Juanillo, el príncipe heredero, no mantuvo esa fe y agradecimiento a Dios y a los misioneros cuando decidió casarse por segunda vez con otra mujer, rechazando las enseñanzas de los hermanos misioneros sobre el verdadero matrimonio.

El cargo de Mico, o Gran Jefe, tenía que recaer sobre Juanillo, ya que era el heredero. No obstante, debido a su promiscuidad y rechazo a la fe, que tanto había unido al pueblo guale, no fue aceptado como líder por la decisión tomada en el Bohío de Tolomato, o Gran Casa del Concilio, es decir, el lugar en la capital donde se reunían para tomar las decisiones importantes para el

pueblo. Por el bien de todos los habitantes, fray Pedro junto con fray Blas, encargado de la misión en Tupiqui, advirtieron al Bohío de Tolomato para que no nombraran líder a Juanillo y así hicieron.

Este hecho provocó a Juanillo una gran humillación e ira, por lo que se retiró a los bosques de los alrededores para buscar aliados y empezar una rebelión, ya que era donde vivían los indígenas que no estaban bautizados y no habían recibido el Evangelio.

La mañana del 14 de septiembre, antes de la misa de domingo, fray Pedro estaba rezando en el convento cuando irrumpió Juanillo con sus secuaces para saciar su sed de venganza, asesinándolo fríamente con sus macanas. Acto seguido, le cortaron la cabeza y la pusieron en la plaza como símbolo de lo que les iba a pasar a los demás sacerdotes franciscanos. También quemaron la iglesia y el Bohío de Tolomato para advertir a los que trataran con los

misioneros. Una vez terminada esta revuelta, el príncipe rebelde avisó a los caciques de los otros pueblos guale ordenando la ejecución de los franciscanos que quedaban en las distintas misiones y él mismo, con

La mañana del 14 de septiembre, antes de la misa de domingo, fray Pedro estaba rezando en el convento cuando irrumpió Juanillo con sus secuaces para saciar su sed de venganza, asesinándolo fríamente con sus macanas.

los suyos, se dirigió al pueblo vecino de Tupiqui, donde se encontrarían con el padre Blas Rodríguez.

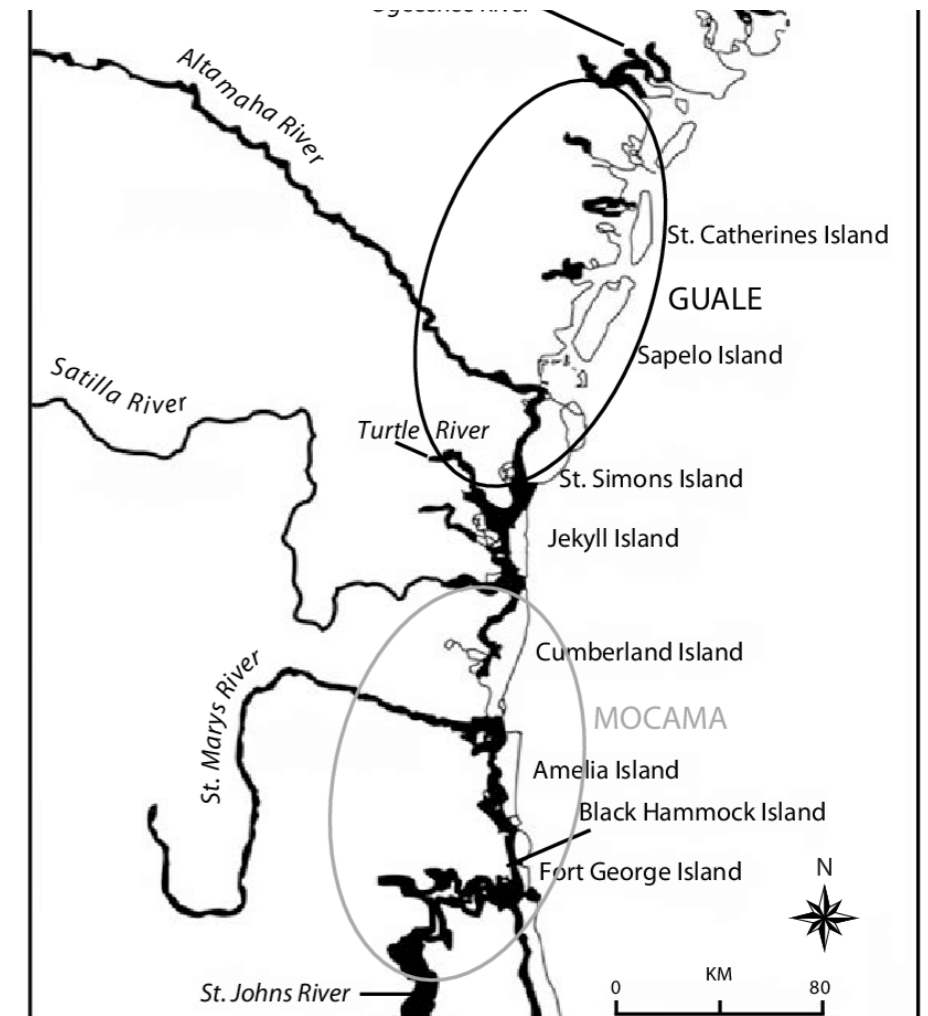
Al llegar a Tupiqui, dos días después del asesinato de fray Pedro de Corpa, los rebeldes dieron con el padre Blas, al cual le prendieron para someterle a un horrible sufrimiento.

Pero antes de ejecutarlo, le concedieron una última misa y homilía, ya que era un hombre mayor y agradable. Después de la misa, Blas pudo dejar a algunos indígenas sus escasas posesiones, dando ejemplo de generosidad y sencillez. Cuando ya estaba listo, no fue asesinado al momento, sino que fue torturado durante dos días y obligado a ver como profanaban y quemaban lo más preciado que tenía, la iglesia de Tupiqui. Ya después de todos esos tormentos fue quemado vivo en el mismo fuego.

Juanillo y sus hombres tuvieron que retirarse de Tupiqui, dirigiéndose a Santa Catalina de Guale, dejando en llamas los hogares de Tupiqui. Esto fue debido a que los lugareños permanecieron fieles a los hombres que les habían llevado a su vida a Dios como su bien más preciado. Esta reacción del pueblo ante la muerte de los dos franciscanos causó un gran desconcierto y enfado a Juanillo, por lo que permaneció firme en su propósito de acabar con los misioneros.

Juanillo avisó a los caciques para que mataran a los frailes, pero estos se negaron a hacerlo y avisaron al padre Miguel y al hermano Antonio para que huyeran. Los dos, con mucha tranquilidad, esperaron rezando la llegada de los rebeldes. El hermano Antonio fue asesinado cuando llegaron, pero ninguno tuvo el valor de matar al padre Miguel, probablemente porque sabían que no estaba bien matar a hombres inocentes. Debido a su cobardía, convencieron a un no bautizado para matarlo, el cual se suicidó por el dolor que sentía. La iglesia de la misión fue quemada y los cuerpos de los franciscanos enterrados por los aldeanos tiempo más tarde.

El último que quedaba con vida, era el padre Francisco de Veráscola,



Misión de Guale (Georgia)

la, también conocido como el «Gigante del Cantábrico», debido a su gran altura y fuerza y a que había nacido en Cantabria. Éste había sido amigo de Juanillo, pues habían vivido aventuras juntos en la selva para proclamar el Evangelio a las tribus que aún no conocían a Dios. Francisco no había oído hablar de las persecuciones, ya que estaba de viaje, pero cuando volvió fue sorprendido por Juanillo y sus hombres, traicionándole y asesinándole por la espalda, y acabando así con los franciscanos del Guale.

El martirio de estos cinco hombres es un claro testimonio de sencillez, por lo único que les bastaba: su fe en Dios, su fidelidad a Él y a la verdad sin tener miedo de lo que

podiera ocurrir. También, frente al mundo actual en el que han desaparecido aquellos grandes ideales, sirven como modelo de valientes soldados de Cristo que dejaron su patria, sus familias y perdieron sus vidas para extender el Reino de Cristo en la tierra y llevar almas al Cielo.

Para el obispo de Savannah, estos mártires son sobre todo un ejemplo de esperanza para la institución del matrimonio: según explica en su carta para la causa de los mártires de Georgia, «la historia de fray Pedro de Corpa y sus compañeros martirizados es una muestra de esperanza en un tiempo en que las fuerzas seculares tratan de redefinir el matrimonio».

Santas carmelitas de Compiègne, testigos del amor más grande

Isaac Rodrigo

La carmelitas mártires de Compiègne ha sido canonizadas por el papa Francisco por extensión del culto litúrgico a la Iglesia universal el 18 de diciembre de 2024 en lo que se llama una canonización equivalente.

DURANTE el segundo año de la Convención, un grupito de almas pequeñas procedente de la Alta Francia dio testimonio de su amor en el cadalso de París. Catorce carmelitas descalzas y dos torneras del monasterio de Compiègne decidieron entregar públicamente su vida por aquel que tan dichosas las había hecho. Entendieron que sus días carecían de sentido si no se vivían entre las cuatro paredes que albergaban a su Dios. Probablemente, nadie entendiera tal entrega —incluso hoy parece demasiado—; no es necesario amar al Señor en un convento. Pero para ellas no existía otra forma. El amor que habían experimentado y al que necesitaban corresponder no podía darse, sino ahí. Y fue esta firme convicción la que les hizo subir las escaleras del patíbulo con la alegría desbordante que sorprendía a quien las veía.

Plura ut unum

En el convento de Compiègne, las monjas presentaban personalidades muy diferentes. Por ejemplo, sor Resurrección había sido de lo más desenvuelta en su juventud y nadie hubiera dicho jamás que llegaría a religiosa. Durante su adolescencia, se había dedicado casi por entero a sus deseos, especialmente al baile. Pero un día, mientras bailaba como de costumbre, sintió la invitación del Señor a dejar aquella vida para entregarse por entero a Él y desde entonces destacó en el convento por su fervor y servicio hacia las hermanas. Sin embargo, también existían otras monjas en las que pudo verse una gran virtud desde su infancia. Sor María Enriqueta y toda su familia son imagen de esta temprana santidad.

Pero la diversidad entre las religiosas de Compiègne no se limitaba



a la propia personalidad. En el monasterio, unas monjas eran de familia más modesta y otras, como sor Enriqueta de Jesús, procedían de familias más acomodadas. En concreto, ésta era sobrina de Colbert, ministro del reino. Pero incluso en lo referente a la propia vocación diferían unas de otras. Por ejemplo, mientras que sor Constancia esperaba el día de su profesión desde pequeña, sor Julia no vivió este anhelo desde el principio. El Señor le había inspirado deseos de seguirle en el estado religioso desde el día de su primera comunión, pero llevada por la pasión, decidió casarse con un chico del que estaba muy enamorada. Resultó que antes de cumplir los seis años de casados, su marido falleció, lo que la sumió en la más terrible pena. Viéndola en tal estado, su tío sacerdote se ofreció a acompañarla en dirección espiritual y, estando así, ella le descubrió aquello que durante tanto tiempo había llevado oculto. De esta forma ingresó en Compiègne y, aunque al principio daba muestras de que no profesaría por su aversión a la vida religiosa, una vez lo hizo cambió su

semblante por completo, comenzando a destacar por su fervor y servicio a la comunidad.

Pero todas estas diferencias de las religiosas en lo personal, familiar e incluso vocacional son signo de un amor más grande. Cada una con su «cadaunada» es unida al resto de la comunidad por unos lazos que superan su individualidad y que las convierten en una legión de almas pequeñas enamoradas de Dios.

El convento y la Asamblea

El renegar de Dios supuso para Francia el encumbramiento de una razón inmanente que se convertiría en el modelo a seguir para toda la vida social. Desde esta perspectiva, no es raro que la Asamblea quisiese acabar con las órdenes religiosas. En el plano teórico, se buscaba poner fin a las «supersticiones irracionales» del vulgo y, en el práctico, la vida religiosa constituía algo ininteligible para «el hombre racional». De esta forma, el 29 de octubre de 1789, la Asamblea emitió un decreto por el que se suspendían las entradas y profesiones religiosas de ambos sexos.

No mucho después, una comisión enviada desde el gobierno acudió a Compiègne con el fin de examinar la conciencia de las hermanas. Les preguntaron si habían abrazado el estado religioso por voluntad propia o si, por el contrario, habían sido forzadas a ello. Al responder todas que ni estaban violentadas ni pensaban admitir la «libertad» que se les ofrecía, los revolucionarios decidieron examinarlas una por una, obteniendo la misma respuesta. Finalmente, tuvo que ser el decreto de excomunión de 1792 el que las obligara a dejar el convento.

La expulsión fue para ellas causa de gran inquietud y, estando en esta situación, el corregidor de la ciudad aprovechó para conseguir que firmaran el juramento de libertad e igualdad utilizando el engaño y la ambigüedad. Inmediatamente después de suscribir el juramento, al ver cómo presumía el alcalde de haberles arrancado las firmas, las hermanas se arrepintieron de ello con estas palabras: «ante todo queremos tranquilizar nuestras conciencias, y preferimos mil muertes a la iniquidad de aquel juramento».

Comenzaría entonces un proceso judicial, en el que no faltarían las acusaciones de conspiración contra la República, de ocultar armas en sus casas e incluso de tener escondidas las vestimentas de los reyes de Francia –refiriéndose a los atuendos con que revestían a las imágenes de los Reyes Magos en Navidad–. Sin embargo, tras estos falsos delitos se encontraba el verdadero motivo de condena: el fanatismo. Sorprendida, sor María Enriqueta preguntó a sus acusadores: «tened a bien explicarnos qué significa esta palabra». A lo que respondieron: «por fanatismo entendemos vuestra tenaz adhesión a creencias y prácticas pueriles de religión».

Su entrada en el convento eterno

En el traslado a París, compartieron gozosas los sufrimientos de su Amado, padeciendo un verdadero víacrucis. Muchas de las jóvenes que de la comunidad habían recibido tantos socorros rodeaban los carros en los que iban las hermanas, gritando «bien hecho, bien hecho; fuera gente inútil». Al llegar, las sacaron de los transportes sin el más mínimo cuidado, llegando incluso a arrojar al suelo a una de ellas con

tal brutalidad que muchos la dieron por muerta. Ensangrentada, se levantó y dio las gracias a su agresor por haberla dejado con la suficiente vida para compartir el martirio de Jesucristo.

Mientras las hermanas subían la escalera del cadalso, listas para ir al encuentro del Esposo con himnos de alegría, la gente admirada decía: «¡Qué almas tan hermosas! ¡Qué aire tan celestial! Si estas no van al Paraíso, estará cerrado para todos».

Su entrega no quedó infecunda. Mientras las hermanas subían la escalera del cadalso, listas para ir al encuentro del Esposo con himnos de alegría, la gente admirada decía: «¡Qué almas tan hermosas! ¡Qué aire tan celestial! Si éstas no van al Paraíso, estará cerrado para todos». Una niña refirió que, cada vez que una monja moría, veía cómo su alma esperaba en el cielo, encima del patíbulo, al resto de sus hermanas. Y que cuando murió la última, todas juntas fueron ascendiendo

hasta perderse de vista en el cielo. De esta forma, las hermanas entraron por fin en el convento eterno, en el que nada ni nadie podía ya separarlas del amor de su Esposo.

Conclusión

El 17 de julio de 1794, catorce carmelitas y dos torneras fueron pasando libre, igual y fraternalmente por la guillotina a causa de su firme amor al Señor. Libres, porque cada una de forma individual decidió escoger la vida antes que aceptar la alternativa de muerte que se les presentaba; iguales, porque siendo cada una diferente, todas fueron partícipes de un mismo amor llevado hasta el extremo; y fraternales, porque alentándose unas a otras para no desfallecer en la prueba, el Señor las unió en su corazón para toda la eternidad.

La vocación del cristiano es ser testigo del amor de Dios; desvivirse por aquel que le amó primero. Cada uno debe vivir el amor donde el Señor le pida, en el convento o fuera de él, pero el centro de toda vocación es el amor primero. Cristo se desvivió por cada uno; que todo cristiano haga de su vida un martirio de amor por el Señor.

«El martirio!, ¡el sueño de mi juventud!»

«Querría morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia. Quisiera iluminar las almas como los profetas y los doctores... Quisiera ser misionero... ¡El martirio!, ¡el sueño de mi juventud!, un sueño que ha crecido conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio...para estar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...»

Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, capítulo IX

Siete obispos mártires en la Rumanía comunista

Pablo Goytisolo

El 2 de junio de 2019 el papa Francisco beatificó a siete obispos greco-católicos mártires de la dictadura comunista en una ceremonia en la que recordó «la feroz opresión del régimen» comunista de Rumanía.

AÑO 1945. Con el fin de la segunda guerra mundial Iosif Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt se reunieron en el palacio de Livadia para decidir la configuración de la Europa de la posguerra. Tanto el primer ministro inglés como el presidente americano cedieron ante las exigencias de Stalin y así sellaron la suerte de Polonia, Bulgaria y Rumanía, tres países que serían el origen de numerosos cristianos que darían su vida por Cristo y su Iglesia.

En su visita del año 2019 a Rumanía el papa Francisco quiso recordar al mundo el sacrificio de siete obispos católicos de rito oriental, cuyo martirio fue una semilla que fortaleció la fe y la esperanza del pueblo rumano. Fue en la misa de beatificación, celebrada en el Campo de la Libertad de Blaj, donde el Papa afirmó: «Estos pastores, mártires de la fe, han recuperado y dejado al pueblo rumano una preciosa herencia que podemos resumir en dos palabras: libertad y misericordia».

En este artículo hablaremos de la persecución que vivió el pueblo cristiano en Rumanía durante el régimen comunista desde los ojos de siete obispos mártires. Las dos palabras del papa Francisco, a quien tenemos presente en



nuestras oraciones, resumen perfectamente el legado de estos obispos, pues ellos comprendieron que la verdadera libertad es la de servir a Cristo y, como seguidores suyos, también mostraron misericordia con sus perseguidores.

En el Sermón de la Montaña, Cristo, de alguna manera, anunció que muchos iban a ser perseguidos por su causa, por ser fieles al mensaje del Evangelio. Sin duda, **Valeriu Traian Frențiu, Vasile Aftenie, Ioan Suciú, Tit Liviu Chinezu, Ioan Bălan, Alexandru Rusu y Iuliu Hossu**, obispos mártires de Rumanía, padecieron esta persecución sabiendo que su recompensa sería grande en el Cielo.

Los inicios de esta persecución contra la Iglesia católica se remontan al final de la segunda guerra mundial, cuando el nuevo gobierno de Rumanía, títere de las órdenes de Moscú, promulgó **una nueva Constitución en el año 1948** cuyos fundamentos eran profundamente marxistas. La Iglesia era un peligro para el nuevo régimen y por eso se llevaron a cabo una serie de proyectos que tenían como fin separar al Vaticano de los distintos países que estaban influenciados por la URSS.

Las autoridades empezaron por «invitar» a los distintos pastores católicos a que abandonasen su obediencia a Roma y se uniesen a la Iglesia Ortodoxa de Rumanía. Sin embargo, de los 1.600 clérigos de todo el país tan solo 38 cedieron, quienes fueron excomulgados *ipso facto* por el obispo Hossu.

A pesar de ello, el Gobierno no cesó en sus esfuerzos por hacer ceder a los sacerdotes católicos para que se pasasen a la Iglesia Ortodoxa. Es célebre la frase que pronunciaba el obispo Chinezu cuando recibía dichas presiones de las autoridades: «No entiendo cómo el gobierno

de Bucarest, que hace profesión de ateísmo, es tan misionero de la Iglesia Ortodoxa».

Al ver que esta medida no producía los efectos esperados, en 1948 el gobierno rumano procedió a la confiscación de bienes, que fueron repartidos entre el Estado comunista y la Iglesia Ortodoxa. Además, se decretó la disolución de la Iglesia greco-católica y así comenzó la persecución de sus miembros.

Las autoridades detenían a los obispos y los encerraban en distintos monasterios ortodoxos con el fin de poder tenerlos vigilados. Conocían bien el ardor con el que predicaban. Sus homilias incitaban a los fieles católicos a ser constantes en la fe y a no vacilar ante las situaciones difíciles a las que se enfrentaban. Por eso eran un peligro para los proyectos del gobierno y querían acabar con la amenaza que suponían.

Fue en uno de los interrogatorios

«¿Agitador? Contestó a sus torturadores. Sí, yo agito las conciencias para ponerlas en orden con Dios».

a los que se sometió el obispo Ioan Suciú donde le acusaron de agitador. Él contestó a sus torturadores: «¿Agitador? Sí, yo agito las conciencias para ponerlas en orden con Dios. No he predicado ni predicaré contra las autoridades, pero defenderé siempre a la Iglesia y la doctrina católica».

En la región de Maramures, cerca de la frontera con Checoslovaquia, está la ciudad de Sighet, conocida por la terrible prisión que fue construida en 1897 como una prisión para criminales comunes, pero que durante el régimen comunista sirvió

como centro de torturas. Allí fueron destinados seis de los siete obispos, donde sufrieron múltiples torturas físicas e interrogatorios constantes. Las porciones de comida eran escasas, pero estaba calculada con mucho cuidado para que el prisionero fuese muriendo poco a poco de hambre aumentando así su agonía.

Vasile Aftenie, el único de los obispos que no enviaron a la prisión de Sighet, fue torturado en los sótanos del Ministerio del Interior al negarse a hacerse ortodoxo. «Ni mi fe ni mi nación están en venta», dijo a sus torturadores.

Conclusión

¿Por qué Europa está viviendo una crisis cultural tan grande? Precisamente porque se ha puesto en venta nuestra fe, aquella fe que unió a Europa durante tantos siglos. El Papa en la homilía de beatificación de los siete obispos ya nos advierte de los peligros de las nuevas ideologías: «También hoy reaparecen nuevas ideologías que, de forma sutil, buscan imponerse y desarraigar a nuestros pueblos de sus más ricas tradiciones culturales y religiosas. Colonizaciones ideológicas que desprestigian el valor de la persona, de la vida, del matrimonio y la familia».

El papa Francisco nos exhorta para que sigamos el ejemplo de estos siete obispos que no dudaron en ser testigos del mensaje de Cristo. En estos tiempos que nos ha tocado vivir tenemos que seguir llevando la luz del Evangelio a todos los ámbitos de nuestra vida, ser signo de contradicción como lo fue Jesús. Ojalá podamos seguir las palabras que nos dejó el Obispo Iuliu Hossu: «Dios nos ha enviado a estas tinieblas del sufrimiento para dar el perdón y rezar por la conversión de todos».

Mártires en Vietnam: San Valentín de Berrio-Ochoa y San Pedro Almató

Pablo Cano

El 19 de junio de 1988 el papa Juan Pablo II canonizó a san Andrés Dung-Lac junto con 117 mártires vietnamitas de los 113.000 que llegaron a martirizar desde 1645 a 1886, periodo en el que se emitieron hasta 53 edictos contra los cristianos.

Introducción

LA evangelización a Vietnam llegó en el siglo XVI, pero fue a partir de 1659 cuando se consolidó gracias a la presencia de los vicarios apostólicos.

Actualmente hay 25 diócesis y 6 millones de católicos que representan el 10% de la población vietnamita. Si este porcentaje se compara con la representación católica en otros países colindantes como Camboya o Laos, se puede observar la diferencia que existe, ya que el porcentaje de la población católica en estos países es el 0,15% o 0,77% respectivamente. Se ve claramente el milagro y la excepción que supone Vietnam.

Este milagro se debe en gran medida a los misioneros que sembraron la semilla de la fe a lo largo de los siglos; semilla regada con sangre de mártires a lo largo de 261 años de persecución.

Un buen ejemplo de estos misioneros mártires que «han lavado y blan-

queado sus vestiduras en la sangre del Cordero» son dos españoles: san Valentín de Berrio-Ochoa y san Pedro Almató.

San Valentín de Berrio-Ochoa

San Valentín de Berrio-Ochoa nació el 14 de febrero de 1827 en Elorrio, Vizcaya. Desde niño destacó por su jovialidad, entereza y piedad. A la edad de 13 años realizó los Ejercicios Espirituales, y al término de éstos decidió consagrarse al Señor y hacerse religioso; además, dio a Dios la prenda de sus votos con juramento de guardarse casto.

En 1849 ingresó en el seminario de Logroño, y dos años después recibió las sagradas órdenes, ingresando poco después en el convento de Ocaña perteneciente a la Orden Dominicana.

El 12 de noviembre de 1854 hizo la profesión solemne. Dos años después, parte con siete compañeros



Momento del martirio de san Valentín de Berrio-Ochoa

hacia Manila. Antes de partir escribe a sus padres una carta donde se intuye el celo apostólico que le embriagaba; así dice: «... pme ha elegido su apóstol para salvar aquellas almas que Él redimió con el sudor de su frente, con su preciosa sangre, con su Pasión y muerte... Mi vida y todo cuanto hay en mí le pertenece a Él... Vuestro hijo va a las Indias no en busca de oro o plata, sino a ganar almas para Dios».¹

A principios del mes de marzo de 1858 llegó a Vietnam donde el padre Estévez le contó las condiciones de los cristianos y como la persecución arreciaba. Valentín se vio obligado a cambiar su nombre por el de Vinh. Apenas acababa de llegar a aquellas tierras cuando el obispo García Sampedro lo eligió como sucesor. Doce días después de la consagra-

ción de Valentín de Berrio-Ochoa como nuevo obispo, Mons. García Sampedro fue martirizado.

Todas estas circunstancias pesaban en el alma de Valentín de Berrio-Ochoa que decía: «¿Es posible que no sucumba?».² Mas la santidad lleva consigo el propio desprecio, cuanto más crece y se eleva aquella, más se hace este bajo y profundo.

Hacia finales de 1858 la persecución se recrudeció, no había otro medio de escape: o morir o dejar aquellas tierras sembradas de innumerables víctimas. El nuevo obispo eligió lo primero. Sin embargo, y pese a las tribulaciones y peligros que acontecían diariamente, escribía a su madre de esta forma: «No, mamita, esta vida no es fea; con la salud se está alegre, y Dios nos consuela en nuestros trabajos; aunque medio viejo, salto como un cervati-

llo a través de los campos y prados».³

El 18 de febrero escribe a sus padres la última carta donde se ve que es consciente del Calvario que le espera, ya que poco antes había escrito a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide: «Estamos aquí continuamente agitados en medio de las crecientes olas; la tempestad ha llegado a la cima y nos parece ahogarnos de momento en momento; no hay un minuto de reposo, y no aparece ninguna esperanza, ni

En la carta a sus padres Berrio-Ochoa les decía: «No hay mayor gloria, padre mío, para un cristiano que seguir las huellas ensangrentadas de su divino maestro Jesús»

siquiera lejana de un futuro mejor».⁴ En la carta a sus padres les decía: «No hay mayor gloria, padre mío, para un cristiano que seguir las huellas ensangrentadas de su divino maestro Jesús, y no hay carácter que mejor distinga a los elegidos, que los sufrimientos y trabajos soportados pacientemente...».⁵

El 1 de noviembre de 1861 el obispo Valentín de Berrio-Ochoa fue decapitado por su fe.

San Pedro Almató

San Pedro José Almató nació el 1 de noviembre de 1830 en Sant Feliu Sasserra, en la diócesis de Vich (Barcelona). Desde pequeño sintió el deseo de abrazar la vida claustral,

3 Idem, p.154

4 Idem, p.160

5 Idem, p.158

deseo que cultivó entre el estudio, la piedad y la lectura de buenos libros.

Providencialmente conoció al padre San Antonio M^a Claret que le aseguró que la voluntad de Dios lo llamaba a la Orden de Santo Domingo. Así, en agosto de 1847, entró en el convento dominicano de Ocaña, realizando la solemne profesión el 26 de septiembre de 1848.

En septiembre de 1852 zarpaba hacia Manila, y tres años después se encontraba ya en Vietnam, después de descansar un largo tiempo en Manila debido a su precaria salud.

San Pedro Almató era perfectamente consciente de a qué se dirigía cuando llegó a Vietnam, así lo testimonia en un escrito: «...habiendo nosotros elegido una vida de dolores; era necesario que nos preparáramos para beber hasta el último trago del amargo cáliz de la Pasión».⁶

Al llegar a Vietnam, al igual que san Valentín de Berrio-Ochoa, tuvo que cambiarse de nombre, y se empezó a llamar padre Biñh. Debido a las frecuentes enfermedades que padeció se dedicó principalmente al estudio de la lengua indígena, hasta que una orden inesperada vino a turbar su espíritu: el vicario apostólico Hermosilla le ordenó partir para China con el fin de alejarlo de la persecución. Mas no llegó a tiempo para embarcar y el padre Domingo Muñoz partió en su lugar.

Este providencial retraso hizo que Pedro Almató fuera premiado con la palma del martirio. Así nos lo dice el padre Domingo Muñoz: «¡Oh, Almató, tú debías ir a Macao y no yo Domingo, así lo quería el viejo señor Hermosilla! Pero Domingo no fue digno de la palma de los mártires, con la que Dios remuneró tu virtud».⁷

El 1 de noviembre de 1861 Pedro Almató fue decapitado por su fe.

Conclusión

Gracias a que estos dos grandes santos y muchos otros mártires cumplieron con el deber de los cristianos al «actuar como testigos del Evangelio y de las obligaciones que de él se derivan»⁸, Vietnam, hoy, es un milagro en Asia.

6 Idem, p.169

7 Idem, p.174

8 CEC 2472



Él fue delante, y le siguieron muchos

Nos hemos dirigido al Señor nuestro Dios con las palabras del salmo: «La muerte de sus santos es preciosa a los ojos del Señor». La muerte de los santos mártires es de gran valor porque su precio es la sangre de su Señor. Él, en efecto, sufrió su pasión pensando en quienes la iban a sufrir después de Él. Él fue delante, y le siguieron muchos. Él camino era muy áspero, pero lo hizo suave al pasar Él antes que los demás. Como Él lo recorrió primero, los otros no temieron recorrerlo. Murió Él, y esto llenó de terror a sus discípulos. Resucitó, y les quitó el temor y les otorgó el amor. De hecho, cuando Cristo murió, se asustaron los discípulos y pensaron que había perecido aquel al que habían seguido. Ved allí la gracia de Dios. El bandido creyó en Él precisamente cuando los discípulos temblaron de miedo. Estaba clavado con Él en la cruz un bandido, y de tal manera creyó en Él que llegó a decir: «Señor, piensa en mí cuando llegues a tu reino». ¿Quién le instruía sino quien pendía a su lado? Estaba clavado a su vera, pero habitaba en su corazón.

San Agustín, sermón 328, sobre los mártires

1 Alfonso M. Bianconi, *Vita e Martirio dei Beati Domenicani*, p. 138-139.

2 Idem, p.146

Mártires ugandeses de la pureza

José Pío Jaurrieta

San Carlos Lwanga y sus 21 compañeros fueron torturados y ejecutados por órdenes del rey Mwangi entre los años 1885 y 1887. Fueron canonizados por Pablo VI el 18 de octubre de 1964.

EL pasado 3 de junio de 2024 se celebró una multitudinaria misa en la basílica de los Mártires de Namugongo, Uganda, reuniendo en torno a cuatro millones de fieles que acudieron desde múltiples puntos del continente africano a venerar a los mártires de Uganda, recorriendo, muchos de ellos, más de 380 kilómetros en trece días de peregrinación¹. Aquellos jóvenes mártires, llamados los «atletas de Cristo» por el cardenal Lavignerie, fundador de los Padres Blancos y evangelizadores del pueblo ugandés², son el fruto y semilla del catolicismo, que no deja de aumentar.

Este fruto surgió del sacrificio de fervorosos cristianos como es el caso de san Carlos Lwanga y sus compañeros mártires. Veintidós jóvenes entregaron su vida dando testimonio

1 A. Navajas, «Misa de récord en Uganda: millones de personas en el Día de los Mártires». *El Debate*, 5 de junio de 2024.

2 «Los mártires de Uganda», *Cristiandad* 83, septiembre de 1947.

del amor de Cristo, provocando una explosión de admiración y ejemplo para la Cristiandad entera, hasta tal punto que el papa Pío XI, en 1934, cuando Carlos Lwanga aún era beato, lo declaró patrón de la juventud católica africana.

La heroica historia de estos jóvenes tiene lugar a finales del siglo XIX cuando dio comienzo la evangelización de Buganda (como entonces se llamaba), un país situado en el corazón de África. Desde los comienzos de la actividad evangelizadora, la fe prendió como una hoguera, abrasando los corazones de aquella tierra que en palabras de Juan Pablo II «era propicia, en cierto modo, a recibir la religión cristiana, es decir, como si esperara la semilla evangélica, y una vez sembrada, creció rápidamente»³. En el mismo sentido decía Pablo VI «El terreno, que parecía árido y estéril, estaba en realidad por cultivar;

3 Juan Pablo II, carta con motivo del primer centenario de la evangelización de Uganda, 17 de enero de 1979



la semilla evangélica lo encuentra fecundo. Más todavía: se diría que lo encuentra ávido de aquella nueva vegetación; como si la estuviera esperando, como si le fuese connatural»⁴.

Dicha actividad evangelizadora inició en 1879 con la llegada a Uganda de los misioneros Simeón Lourdel y el hermano Amans Delmas, miembros de la Sociedad de Misioneros de África, también conocidos como los «Padres Blancos» que obtuvieron el permiso del rey Mteza para enseñar la doctrina cristiana en sus territorios. Hasta tal punto obtuvieron la confianza del monarca que llegó a considerar a los misioneros como sus «únicos y verdaderos amigos» mostrando deseos de trabajar conjuntamente ya que «deseaba conocer y estudiar su religión»⁵ aunque no llegó a bauti-

4 Pablo VI. Canonización de los mártires de Uganda, 18 de octubre de 1964

5 J.A. Sánchez Mola, «San Carlos Lwanga y la evangelización de Uganda», *Cris-*

zarse por no provocar descontento a las otras religiones presentes en su reino.

Debido a esta relación de confianza, los misioneros llevaron a cabo una intensa actividad evangelizadora que brotaba de la consigna dada por el cardenal Lavignerie: «Amad a África. Amadla por sus heridas ensangrentadas y por sus gritos de dolor, por sus grandes hombres y por sus santos. Amadla con sus tradiciones de respeto y de fe y con su resignación estoica. De África yo he amado todo».

En la corte del rey Mteza, servían numerosos jóvenes como pajes, entre los cuales se encontraba el joven Carlos Lwanga, que componían un grupo de jóvenes católicos. El rey Mteza falleció en 1884 heredando la corona el rey Mwangi, en un principio el panorama parecía esperanzador para la joven comunidad

*tiandad*1009-1010 (Agosto-septiembre de 2015).

cristiana ugandesa, especialmente tras el intento de complot contra él, en el que no participó la comunidad católica. Sin embargo, la situación cambió radicalmente cuando el rey fue contradicho en materia de esclavitud, negocio que traía cuantiosos beneficios a la clase política, pero la ira del rey se desbordó cuando los pajes cristianos, liderados por Carlos Lwanga, se negaron a satisfacer los deseos desordenados del monarca. Éste despreció al orgullo del joven rey y provocó un intenso odio contra los cristianos y sus misioneros, dando orden de decapitar y quemar misioneros.

El primer mártir católico de esta persecución fue nada menos que san José Mukasa, mayordomo y amigo personal del rey, que por mostrar al monarca sus faltas, a diferencia del rey David con el profeta Natán, no solo no se arrepintió, sino que mandó ejecutar a su amigo a la edad de 26 años. Al ver el rey que las ejecuciones ordenadas no hacían sino

aumentar el número de creyentes, mandó una orden de ejecutar y quemar vivos a todos los cristianos.

El turno pronto llegó a los pajes que plantaron cara a los afectos pervertidos de Mwangi. El 25 de mayo de 1886 se separó a los confesores

La Cruzada radicalmente sobrenatural que puede salvar el mundo es, pues, Cruzada de oración.

de la fe cristiana entre los que había quince menores de 25 años que fueron martirizados en los días siguientes. El 3 de junio le llegó el turno al grupo liderado por **Carlos Lwanga**, joven de 26 años que había bautizado e instruido en la fe a varios jóvenes durante su cautiverio.

En su camino al suplicio, los integrantes se miraban riendo como niños mientras lanzaban aclamaciones diciendo «¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios para nosotros! ¡Qué bien nos ha guardado!». La alegría de los que se sabían camino del Cielo aumentó cuando se les unió un nuevo neófito, **Mbaga**, al que daban la bienve-

nida exclamando: «¡Has vencido al demonio! ¡Jesucristo está contento de ti! ¡Tu valor honra nuestra fe!». Su alegría contrastaba con la perplejidad de aquellos encargados de abrirles las puertas del Cielo mientras se decían «no parece sino que van a bodas y que nosotros les vamos a servir el festín».⁶

Al llegar al lugar de la ejecución son atados como en una mortaja y lanzados a la hoguera mientras son increpados de forma semejante a aquel por el que entregaban su vida «¡Que os abrasen las llamas para ver si vuestro Dios, en quien tenéis tanta confianza, viene a libertaros!». Ante estas provocaciones no salían de sus labios más que oraciones y respuestas tan dignas como sinceras, «¡Podéis quemar nuestros cuerpos, pero nuestras almas no las quemaréis, irán al paraíso!»

Entre este grupo de mártires se encontraba el hijo de uno de los verdugos, el cual intentaba exculpar a su hijo para darle una oportunidad de vida terrena. Ante esta situación, su hijo le dijo «Papá, el rey te ha

⁶ Sánchez Mola, José Álvaro, «San Carlos Luanga y la evangelización de Uganda», *Cristiandad* Agosto-septiembre de 2015.

ordenado que me mates; hazlo, yo quiero morir por seguir y amar a Jesucristo».

De esta forma veintidós fieles católicos y otros tantos anglicanos fueron testigos, de forma heroica, de la vida celestial que aguarda a los que de veras aman y sirven al Señor. Conforman un testimonio comparable al de los primeros cristianos, al ser ellos, en el siglo XIX, la primera semilla de la fe en Cristo en Uganda y «no debe extrañar que ocurran actos tan sublimes como los de los primeros mártires, pues ¿no les anima el espíritu del mismo Dios?»⁷

Este grupo fue beatificado por el papa Benedicto XV el 6 de junio de 1920 siendo elevados a los altares el 18 de octubre de 1964 por el papa Pablo VI que, tal y como dijo en su sermón de canonización, «Estos mártires africanos abren una nueva época, no queremos decir ciertamente de persecuciones y de luchas religiosas, sino de regeneración cristiana y civilizada». A esta esperanza nos convoca el papa Francisco en este Año jubilar.

¡Que la sangre de los mártires sea semilla de nuevos cristianos!

⁷ «Los mártires de Uganda», *Cristiandad* 83, Septiembre de 1947

Testimonio de san Policarpo

«Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y esta hora, digno de ser contado en el número de tus mártires [...]. Has cumplido tu promesa, Dios, en quien no cabe la mentira y eres veraz. Por esta gracia y por todo te alabo, te bendigo, te glorifico por el eterno y celestial Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu Hijo amado. Por Él, que está contigo y con el Espíritu, te sea dada gloria ahora y en los siglos venideros. Amén» (Martyrium Polycarpi, 14, 2-3).

Catecismo de la Iglesia Católica, 2474

Los mártires españoles del siglo XX

M^a Reyes Jaurrieta

Entre 1931 y 1939 se desató en España una de las mayores persecuciones religiosas de la historia de la Iglesia que alcanzó a 10000 mártires de los que ya han sido beatificados 2.128, 12 de ellos santos.

No puede faltar en un número sobre mártires recientemente beatificados un artículo dirigido a recordar a nuestros mártires; me refiero, a los todos los laicos, seminaristas, sacerdotes, religiosos y obispos que dieron su vida en defensa de la fe durante la Segunda República (1931-1939) y la Guerra civil española (1936-1939).

13 obispos, más de 4000 sacerdotes diocesanos y seminaristas, unos 2000 frailes y casi 300 monjas... la mayor persecución religiosa de la historia de la Iglesia. Sobre la magnitud de la persecución hay un consenso general entre los historiadores. En palabras del especialista Antonio Montero; «En toda la historia de la universal Iglesia no hay un solo precedente, ni siquiera en las persecuciones romanas, del sacrificio sangriento, en poco más de un semestre, de doce obispos, cuatro mil sacerdotes y más de dos mil religiosos».¹ En el mismo

¹ Montero Moreno, Antonio. *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Biblioteca de Autores Cristianos

sentido afirma el hispanista Stanley G. Payne; «La persecución de la Iglesia católica fue la mayor jamás vista en Europa occidental, incluso en los momentos más duros de la Revolución francesa».²

Y es que las ideas tienen consecuencias y tras la instauración del liberalismo en el siglo XIX pasamos al socialismo y el marxismo como etapas de un mismo proceso que tiene como objetivo erradicar la presencia de la fe cristiana en la vida social, familiar y personal.

La instauración de la segunda República con la aprobación del artículo 28 de su constitución «la implantación del laicismo de Estado con todas sus inevitables consecuencias» y la disolución de la Compañía de Jesús como primera consecuencia de una larga serie de otras más nos hacían calibrar de qué iba la república. «España ha dejado de ser católica» dijo Azaña en 1931, «a pesar de que

(2004) 13-14

² Payne G., Stanley, *El catolicismo español*, Planeta (1984) 214.



Barbastro el «seminario mártir» (como lo llamó san Juan Pablo II) que fue cantando su himno a voz en grito en el silencio de la noche, «y qué ideal, por ti, Rey mío, la sangre dar». Los que lo veían pasar se asombraban del coraje de estos jóvenes que no contaban más de veinte años. Faustino Pérez, uno de los misioneros mártires, escribió, en nombre de todos, una carta de despedida que todos los que quedaban firmaron: «[...] Morimos todos contentos sin que nadie sienta desmayos ni pesares [...] Morimos por llevar la sotana y morimos precisamente en el mismo día en que nos la impusieron. [...] ¡viva Cristo Rey! ¡viva el Corazón de María! [...]». El papel era el envoltorio de ese chocolate que desayunaban, sobre el que trazaron unas líneas que emocionaron profundamente a Juan Pablo II.

El primer grupo de mártires en llegar a ser canonizados fueron los **santos mártires de Turón**, ocho hermanos de las Escuelas Cristianas (hermanos de La Salle) y un sacerdote pasionista asesinados en 1934 en la parroquia asturiana de Turón (Mieres), durante la Revolución de Asturias. Dirigían el colegio Nuestra Señora de Covadonga, que había sido fundado y era sostenido por la empresa Altos Hornos de Vizcaya, que era la propietaria de las minas, única fuente de trabajo de la localidad.

En octubre de 2001 **Juan Pablo II** beatifica en Roma a 233 mártires, la más numerosa hasta entonces, pero pronto quedaría superada por otras posteriores más numerosas todavía. En aquella celebración san Juan Pablo II destacó la figura de **María Teresa Ferragud Roig**, de 83 años, miembro de Acción Católica asesinada junto a sus cuatro hijas monjas. El Pontífice recordó que el 25 de octu-

bre de 1936 la anciana María Teresa, tal como la madre de los macabeos, pidió acompañar a cuatro de sus nueve hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. «Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: Esta es una verdadera santa». Ferragud era la más anciana de los 42 beatos laicos beatificados

Nuestros mártires son motivo de esperanza para España, que a pesar del olvido de Dios y del rechazo de su historia al servicio de la fe, no olvida la promesa del Sagrado Corazón al padre Hoyos sobre su reinado en nuestra patria.

en aquel 2001. El más joven era el químico beato **Francisco Castelló i Aleu**, de 22 años quien nos dejó un precioso legado epistolar con su familia y su prometida Mariona Pelegrí, donde su profundo amor a Dios se ponía de manifiesto en cada frase que escribía.

Su sucesor, **Benedicto XVI** beatificó a 530 mártires en los años 2005, 2007, 2010 y 2011, siendo la mayor beatificación la de los 498 mártires españoles en octubre de 2007. Entre los 498 mártires había obispos, sa-

cerdotes, religiosas y fieles de ambos sexos. Tres tenían 16 años y el mayor 78. Procedían de todas las partes de España. Es de destacar la figura de **Apolonia Lizárraga** superiora general de las carmelitas de la Caridad e impulsora de la canonización de santa Joaquina Vedruna, asesinada de la manera más atroz en Barcelona tras pasar por la checa de la CNT-FAI de San Elías (Barcelona)

Y en 2013, año de la fe, el reciente mente proclamado papa, **Francisco**, beatificó 522 mártires españoles entre los que se encontraban tres obispos y diversos grupos de religiosos y sacerdotes. Después se han sucedido cada año hasta las más recientes del sacerdote Cayetano Clausellas y el laico Antonio Tort el pasado mes de noviembre en la Sagrada Familia.

El 6 de noviembre está señalado en el calendario litúrgico nacional para celebra la memoria de 11 santos y 2.119 beatos mártires de de la persecución religiosa del siglo xx en España.

Estamos convencidos de que a día de hoy si en España todavía permanece la fe se debe a estos mártires cuyo testimonio de fidelidad a la fe recibida de sus mayores no ha caído en el olvido y su memoria seguirá siempre viva en la Iglesia. Nuestros mártires son motivo de esperanza para España, que, a pesar del olvido

de Dios y del rechazo de su historia al servicio de la fe, no olvida la promesa del sagrado corazón al padre Hoyos sobre su reinado en nuestra patria.

«Hemos de volver la mirada a nuestros mártires»

Para concluir, quiero recordar las acertadas palabras de la homilía en la conmemoración de los mártires de Paracuellos de Mons. Juan Antonio Reig Pla el 15 de noviembre de 2015:

«Hoy cuando contemplamos la decadencia moral de España y la pérdida de sus raíces cristianas, hemos de volver la mirada hacia estos gigantes del espíritu para aprender el verdadero sendero de la vida (Sal 15). Ellos son los «sabios que enseñaron a muchos la justicia» (Dan 12, 3) y supieron entregar a sus hermanos el fruto granado de la Tradición. Con el testimonio de su muerte, con sus palabras y escritos, ellos nos enseñan, en efecto, que la grandeza de España depende de los fuertes vínculos con la familia, con la religión y con la patria, la tierra de nuestros padres. Estos fueron sus grandes amores que hoy solicitan de nosotros la fidelidad a quienes nos dieron la vida y nos enseñaron la fe, la adhesión a Jesucristo, a la Iglesia nuestra Madre y a esta tierra bendita que, inspirada por un alma católica, ha florecido con tantos santos y mártires».

existen ahora muchos millones de españoles creyentes». Ciertamente desde tiempo atrás en España las oligarquías gobernantes habían buscado la descristianización de la misma, sin embargo, no tuvo en cuenta el señor Azaña, que en aquellos años treinta, muchos, muchísimos españoles estaban dispuestos a dar su vida en defensa de su fe, con un ejemplo de heroicidad martirial muy singular

en la historia, ya que casi se desconocen casos de claudicación en la hora suprema y son numerosísimos los casos de los que mueren perdonando a sus verdugos. Desde que en 1987 **Juan Pablo II** beatificara a tres mártires carmelitas descalzas de Guadalajara, la elevación a los altares de nuestros mártires no ha cesado.

En octubre de 1992 vinieron las beatificaciones de los mártires de

Memoria de nuestros mártires

En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi «militi ignoti» de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios. Como se ha sugerido en el Consistorio, es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo e quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria.

Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*,

El «Cos de portants» de Santa María Reina

José Moína Villamayor

La vocación de portante no dejaría de ser sino una manifestación de amor y consolación a Cristo en la línea de lo que el papa Francisco en su encíclica Dilexit nos (63, 160) se refiere como actos sensibles de devoción o religiosidad popular que salen del corazón del hombre como muestra del amor al Corazón de Jesús.

Cos de portants (vesta núm.11)

Los orígenes e historia de los cuerpos de portantes en Cataluña se remontan al siglo XVI cuando comenzaron a representarse en diversas poblaciones catalanas los autos sacramentales, representación teatral que recreaba escenas bíblicas como la Pasión de Cristo.

Los cuerpos de portantes suelen estar vinculados o forman parte de cofradías o hermandades, pero también es verdad que algunas de estas asociaciones no cuentan con miembros encargados de llevar la santa Cruz.

Para saber que es un cuerpo de portantes transcribimos a continuación el prólogo de los estatutos y reglamento de la pía unión de portantes del Santo Cristo aprobados por el obispo y mártir Dr. D. Manuel Irurita Almandoz el 23 de abril de 1936:

«La santa Cruz es la señal del cristiano y constituye, por lo tanto, el objeto de las más lógicas devociones y uno de los motivos piadosos más

apropiados a nuestro carácter de cristianos.

Jesús moría clavado en el árbol de la cruz y transformaba con su martirio lo que era instrumento de suplicio en símbolo de redención.

Entre las numerosas manifestaciones de ferviente devoción a la Cruz que han brotado en nuestro país, se destacan los cuerpos de portantes, agrupaciones parroquiales destinadas, como dice su nombre, a llevar el santo Cristo en todas las funciones procesionales presididas por la sagrada imagen del Crucificado.

Numerosas parroquias de Cataluña tienen su cuerpo de portantes. La diócesis de Barcelona los posee muy numerosos. Son legión los hombres enamorados de la Cruz de Jesucristo que se honran vistiendo la simbólica túnica de los penitentes y que consideran distinción gloriosa llevar el santo Cristo en la procesión, en el viacrucis, en la solemne función religiosa.»

Algunos de los *cosos de portants* más emblemáticos de Cataluña son el

cos de portants del Santo Cristo de Lepanto de la catedral de Barcelona, el *cos de portants* de la Basílica de Santa María del Mar de Barcelona, el *cos de portants* de la parroquia de la Sagrada Familia de Barcelona, el cuerpo de portantes del Cristo de San José de la parroquia de San Enrique d'Ossó de Hospitalet de Llobregat, el cuerpo de portantes del Santo Cristo de Sant Vicens dels Horts (fundado en 1929 por el sacerdote Josep Duran, asesinado en 1936 *in odium fidei*), el de Santo Cristo de la Agonía y de la Buena Muerte de Mataró, el de Vilafranca del Penedès (fundado en 1921), el de la cofradía de la Sangre y Santísimo Nombre de Jesús de Sabadell, el de Sant Quintí de Mediona, el de Vilasar de Mar, el de la parroquia de San Pedro de Premià de Dalt, Torrelles de Foix, Canyelles, y tantos otros.

Los portantes son hombres enamorados de la Cruz de Jesucristo que se honran vistiendo la simbólica túnica de los penitentes y que consideran distinción gloriosa llevar el Santo Cristo en la procesión.

Los cuerpos de portantes de Cataluña suelen hacer encuentros o «*trobades*» anuales, el último fue el 27º Encuentro en Sant Quintí de Mediona el 8 de octubre del 2023.

La Cofradía del Cristo de Lepanto de la catedral de Barcelona, con evidencia documental desde 1651, nació para custodiar la capilla y el culto en torno al santo Cristo, sobre todo durante la Semana Santa. En cuanto al cuerpo de portantes, todos los viernes de Cuaresma y el Viernes Santo



tiene lugar el *Viacrucis* presidido por el Cristo de Lepanto en la avenida de la Catedral. El Cristo de Lepanto de gran devoción popular en la Ciudad Condal, estuvo, según cuenta la tradición, en la Galera Real de don Juan de Austria (1545 o 1547-1578) durante la famosa batalla de ese nombre que tuvo lugar el 7 de octubre de 1571. Una vieja tradición afirma que esta escultura se hallaba en la popa de la galera y que se ladeó milagrosamente para evitar que una bala turca la profanara. Como recuerdo de aquella memorable jornada «la más alta ocasión que vieron los siglos», en frase de Miguel de Cervantes, la imagen fue conservada piadosamente en la catedral de Barcelona junto con otros trofeos y objetos varios, entre ellos la maqueta de la nave capitana de don Juan de Austria, hoy en el Museo Marítimo de Barcelona.

De nuestro querido y hermano Cuerpo de Portantes del Cristo de san José de la parroquia de San Enrique d'Ossó de Hospitalet de Llobregat, podemos decir que realizó su primer viacrucis en la Cuaresma de 2022. Tiene una docena de miembros estables y va creciendo cada año con la incorporación este año de cinco nue-

vos portantes. Suele hacer el viacrucis dentro de la iglesia los sábados de Cuaresma después de misa de ocho de la tarde y el Viernes Santo por las calles del barrio Can Vidalet.

El «*cos de portants*» de la parroquia de Santa María Reina de Barcelona está formado por un grupo de fieles laicos varones, solteros, padres de familia, jóvenes y no tan jóvenes, vinculados a dicha parroquia a través de *Schola Cordis Iesu* de Barcelona y dedicados al servicio parroquial de portadores del Santo Cristo durante la Semana Santa (Vía crucis de los domingos de Cuaresma y Vía crucis del Viernes Santo).

El Santo Cristo de María Reina es una cruz tallada en madera de pino de unos casi cuatro metros de alto y cuarenta kilos de peso aproximadamente que ha envejecido con el paso del tiempo hasta conseguir un color de singular belleza y que desde el primer momento ha cautivado a todos los portantes. Su autor es el artista catalán Josep Busquets i Odena [Fontscaldes (Valls) 1914-Barcelona 1998].

El rostro de Jesús aparece con la cabeza reclinada a la derecha con los ojos cerrados con un semblante de



Cos de portants en el acto final del Via crucis

gran majestuosidad descansando en paz después de su larga agonía colgado en el madero.

Los inicios del cuerpo se remontan a febrero del 2024 cuando el párroco le comentó al maestro portante si podía formar un grupo o cuerpo de portantes para «portar» la cruz los días de Semana Santa y especialmente el Viernes Santo. Con el permiso del párroco y el visto bueno del «mestre» solo quedaba restaurar la cruz y en particular el «afuat o bitlla», parte del extremo inferior de la Cruz acabada en punta que se coloca dentro del vaso o «got». Dicho esto, el maestro fue convocando a los primeros aspi-

rantes para explicarles la misión, incorporándose nuevos miembros paulatinamente. Una vez restaurada por uno de los portantes y cuando la cruz tenía todas las garantías de seguridad para ser llevada se creó oficialmente el cuerpo con unos 12 miembros aproximadamente hasta completar los 23 que son actualmente. El grupo de mujeres de los portantes y otras voluntarias se encargaron de confeccionar unas elegantes «vestas» de color negro con el Sagrado Corazón en el centro. La túnica negra es un elemento importante toda vez que proporciona solemnidad, humildad y devoción en las procesiones.

Los ensayos se han ido haciendo mensualmente bajo la dirección y mirada atenta de dos maestros portantes y después semanalmente al ir acercándose la Semana Santa, primero dentro de la iglesia y más adelante en el exterior. Durante el año de instrucción los portantes han aprendido a formarse en el cuadro, a ponerse los correajes, a bajar y subir la cruz, a tener la cruz aplomada, a *engotar*, a prepararse para el cambio, a cambiar la dirección de la cruz en caso de obstáculos (*fanal a la dreta* o *fanal a la esquerra* según el caso), ir con la cruz hacia atrás, al cambio de emergencia, bajar y subir escaleras y otras maniobras.

Tras finalizar el ensayo y subir la cruz a la pared donde descansa, los portantes dan gracias al santo Cristo y se despiden con un padre nuestro, un avemaría y varias jaculatorias.

Para todos los portantes ha sido y sigue siendo una gran experiencia tanto desde un punto de vista individual de hermandad y de amistad verdadera entre todos ellos como desde un punto de vista espiritual. La fraternidad entre sus miembros se muestra no solo al compartir la cena que iban teniendo los días de ensayo sino, con más importancia, cuando conducen la cruz y se preocupan el uno del otro de llevarla de forma correcta y con devoción siguiendo las indicaciones y correcciones paternales del *mestre portant*.

Portar la cruz de Nuestro Señor es un honor para el que la carga, el portante hace de Cirineo con Jesús muerto en la Cruz en un acto simultáneo de glorificación y expiación, cuando la sujeta y camina con ella hace suya la Cruz del Señor con la suya propia, ofreciendo su tiempo, esfuerzo y, en definitiva, su vida para mayor gloria de Cristo Jesús, Rey del cielo y Rey en la tierra. La

vocación de portante no dejaría de ser sino una manifestación de amor y consolación a Cristo en la línea de lo que el papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos* (63, 160) se refiere como actos sensibles de devoción o religiosidad popular que salen del corazón del hombre como muestra del amor al Corazón de Jesús. No es casualidad, por tanto, que el emblema de la vesta del portante sea el Corazón de Cristo goteando sangre, en llamas, y encerrado en una corona de espinas.

La vocación de portante de la Santa Cruz la reza a su vez de forma magistral Gerardo Diego en su conocido *Víacrucis*:

Segunda estación (Jesús carga con la cruz):

Tú el suplicio y yo el regalo.
Yo la gloria y tú la afrenta,
abrazado a la violenta
carga de una cruz de palo.
Y así, sin un intervalo,
sin una pausa siquiera,
tal vivo mi vida entera,
que por mí te has alistado
—voluntario abanderado—
de esa maciza bandera.

Y también en la duodécima estación (Jesús muere en la cruz):

Profundo misterio. El Hijo del hombre, el que era la Luz y la Vida, muere en cruz, en una cruz crucifijo. Ya desde ahora te elijo mi modelo en el estrecho tránsito. Baja a mi lecho el día que yo me muera, y que mis manos de cera te estrechen sobre mi pecho.

Los portantes y los fieles que los acompañan en los vía crucis rinden homenaje a la santa Cruz y como indicaba nuestro estimado obispo D. Manuel Irurita: «así será más provechosa su aportación a la sagrada liturgia y más abundantes las gracias espirituales que percibirán sus almas».

Hemos de destacar a su vez el apostolado del *cos de portants* al bajar la cruz de la iglesia y conducirla por las calles de la ciudad como es el caso del recorrido de 500 metros que se ha previsto para el Viernes Santo desde la parroquia de Santa María Reina hasta el monasterio de Pedralbes. Hoy en día que tanta falta hace la presencia de Cristo

en nuestra sociedad el *vía crucis* por las calles y ante la presencia de la población no deja de ser una bonita forma de apostolado para que la gente fije su mirada en aquel que, por su «pasión sagrada, adorable redentor» «por nosotros fue tentado y por nosotros murió». La devoción de los fieles que acompañan al Santo Cristo en el *vía crucis* junto con los portantes y el sacerdote forman una bella escena de arte sacro que suele admirar al público, sobre todo al que lo ve por primera vez, siendo además expresión de lo que yace en el fondo del corazón del pueblo cristiano al mostrar algo que es verdadero y bello y es signo de culto a nuestro Señor.

Por último, sirvan estas líneas en nombre de todo el cuerpo para agradecer en primer lugar a la Santísima Virgen María Reina y al glorioso San José la oportunidad providencial de la formación de su *cos de portants*, al rector de la parroquia de Santa María Reina la iniciativa, a los dos *mestres* por su dedicación, constancia y paciencia con los aspirantes y a las directoras de costura, mujeres y voluntarias de la parroquia en la confección y acabado de las vestiduras.

«Pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí»

El inevitable deseo de consolar a Cristo, que parte del dolor de contemplar lo que sufrió por nosotros, se alimenta también en el reconocimiento sincero de nuestras esclavitudes, los apegos, las faltas de alegría en la fe, las búsquedas vanas, y, más allá de los pecados concretos, la no correspondencia del corazón a su amor y a su proyecto. Es una experiencia que nos purifica, porque el amor necesita la purificación de las lágrimas que al final nos dejan más sed de Dios y menos obsesión por nosotros mismos.

(...) Por consiguiente, ruego que nadie se burle de las expresiones de fervor creyente del santo pueblo fiel de Dios, que en su piedad popular intenta consolar a Cristo.

Francisco, *Dilexit nos* 159-160

Centenario de Schola Cordis

Iesu

Schola Cordis Iesu cumple 100 años. Es una ocasión muy especial para dar gracias a Dios por esta obra nacida del magisterio e inspiración del gran apóstol de Corazón de Jesús, el R. P. Ramón Orlandis i Despuig S.I. y al mismo tiempo la de reafirmar la vocación de su tarea apostólica al servicio de la Iglesia.

Confiamos en que el Señor siga cuidando de esta obra que es más suya que nuestra renovamos nuestro fervor apostólico con la esperanza de que el Corazón de Jesús sea cada vez más conocido y amado en nuestro atormentado mundo.

Los actos conmemorativos tendrán lugar los días 15, 16 y 17 de mayo en Barcelona.



1925-2025

SCHOLA CORDIS IESU

Nos complace invitarle a los actos de celebración del centenario de Schola Cordis Iesu

Jueves 15 de mayo de 2025

22.00 h

Vigilia eucarística en la basílica del Tibidabo, presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. **Javier Vilanova**, obispo auxiliar de Barcelona.

Viernes 16 de mayo de 2025

19.00 h

Acto académico en el Aula Magna del Seminario Conciliar de Barcelona.

C. de la Diputación, 231
Barcelona

21.00 h

Cena de celebración del centenario presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. **David Abadías**, obispo auxiliar de Barcelona.

Claustro del Seminario Conciliar

Sábado 17 de mayo de 2025

17.30 h

Santa Misa de acción de gracias, presidida por el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal **Juan José Omella**, arzobispo de Barcelona.

Iglesia del Sagrado Corazón - Jesuitas
C. Casp, 27
Barcelona

19.30 h

Celebración familiar en la parroquia de María Reina.



Hemos leído

Aldobrando Vals

Por un cristianismo “raro” y no adaptado a los tiempos

What We Need Now

Tracey Rowland es una teóloga australiana que en 2020 ganó el Premio Ratzinger de Teología y en 2023 fue nombrada miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales. En el substack What we need now, publica una interesante y provocadora reflexión:

«Me resulta raro verme incluida en una moda, pero estoy encantada de estar en compañía de personas de tanto nivel como el historiador Tom Holland o el obispo Robert Barron, y de escritores como Michael Frost o Nijay Gupta, que recomiendan que el cristianismo vuelva a ser algo “raro” e “inadaptado”.

Para los católicos, esto significa dar marcha atrás a nuestro coche eclesial y salir de la cuneta correlacionista en la que nos metieron los teólogos –sobre todo muchos con apellido holandés– en los años 70.

El “correlacionismo” era la estrategia pastoral de correlacionar la fe con la cultura de la modernidad. En los años 70 adoptó formas tan banales como adornar las aulas católicas con carteles de simpáticos animales que declaraban que Jesús era guay.

[...] La argumentación para justificar estas estrategias para presentar la fe como algo popular y mundano era que la cultura católica resultaba demasiado ajena para el sofisticado secularista moderno. Vestidos blancos de Primera Comunión, rosarios, días de ayuno y abstinencia, santos patronos, nombres de confirmación, comer pescado los viernes, Horas Santas de adoración, novenas... por no mencionar conceptos como la castidad y el nacimiento virginal, ciertamente parecen y suenan raros para el racionalista moderno.

Así surgió la idea de que la forma de atraer al racionalista moderno de vuelta al cristianismo era encontrar algo en la cultura secularizada que le gustara al racionalista y luego vincular la fe a eso. Así que Jesús se convirtió en un activista político “guay”, interesado en la justicia social. Se eludió su divinidad, rara vez se reconoció su relación con las otras dos personas de la Trinidad y se ridiculizó a quienes querían sacar a relucir a su madre y, sobre todo, las circunstancias de su nacimiento.

[...]

Y sin embargo, en algún momento entre finales de los 60 y finales de los 80 la propia modernidad dejó de estar de moda. Algunos sociólogos sitúan el momento del cambio en el año del terremoto cultural de 1968, que marcó el fin del entusiasmo de



Tracey Rowland, teóloga australiana

la elite occidental por conceptos como razón o naturaleza. La lectura de Nietzsche persuadió a la generación del 68 de que hay “mitos” que acechan bajo todas las apelaciones a la razón, y así surgió la idea de que la naturaleza también era relativa, ya que podía modificarse con los avances científicos. Con el tiempo, la naturaleza podría ser lo que quisiéramos que fuera. Sólo había que desarrollar la tecnología necesaria para manipular el ADN.

Otros sociólogos e historiadores intelectuales situaron **el paso de lo moderno a lo posmoderno en torno a 1989**. Esto se debe a que la fe en la pseudociencia del marxismo perduró hasta 1989, año en que cayó el Muro de Berlín y se derrumbaron los gobiernos comunistas, uno tras otro... de pronto miles de académicos se reidentificaron como “posmodernos” en lugar de permanecer en el lado equivocado de la historia como marxistas derrotados.

Con el giro posmoderno, conceptos como “diferencia” e “identidad” se pusieron de moda. Ya no había una única forma de presentarse como miembro culto de las clases profesionales. La “identidad” aparecía ahora como vinculada a la mitología preferida de cada uno. Lo que era imperdonable era ser

un burgués conformista. El único conformismo bueno sería ajustarse a los cánones de la propia posmodernidad o a lo que hoy se describe como “*woke*”.

Irónicamente, el proyecto correlacionista se diseñó precisamente para convertir a los católicos en burgueses conformistas al compás de los movimientos del *Zeitgeist*. Su objetivo era cerrar la brecha entre la cultura católica y la cultura secularista. Karl Rahner sostuvo que los católicos emocionalmente apegados a los elementos premodernos de la cultura eclesial tendrían que quedarse atrás en la Iglesia del futuro. No serían más que daños colaterales en el proyecto de modernización.

Pero los estrategias pastorales que se han pasado décadas promoviendo las liturgias folclóricas, oraciones modernizadas y manuales de comportamiento desprovistos de cualquier referencia a Dios o a la gracia, de repente se encuentran con una generación que quiere estudiar la Escolástica, asistir a liturgias en latín y saber cómo tal o cual acto repercute en su relación con Dios. Y la misma “rareza” de las cosas premodernas es parte de lo que las hace diferentes y, por tanto, atractivas. Es un poco como la diferencia entre entrar en una cafetería de una calle

empedrada de la vieja Europa católica, con su ambiente único en el mundo, o tomarse un café en un Starbucks. Puede que a los jóvenes de los años 60 les entusiasmara la proliferación de cadenas de establecimientos modernos, replicadas en todas las ciudades, pero a los jóvenes de hoy les aburre.

Ahora bien, resulta obvio que no hay nada virtuoso en ser raro por el mero hecho de serlo. La razón por la que el cristianismo necesita volver a ser raro es simplemente porque tiene que ser visto como una alternativa radical a lo que es ahora nuestra mitología social y política dominante, una especie de materialismo que no contiene en sí mismo ningún *telos*, ningún propósito ni significado. La cosmología actual ni siquiera es aristotélica, y mucho menos cristiana.

Que el cristianismo vuelva a ser visto como algo raro implica sugerir que existe cierta lógica, cierto orden, dentro de la Creación. Tenemos que explicar que el Creador de este orden es Dios Padre, en unión con el Hijo y el Espíritu Santo. En otras palabras, **debemos tener el valor de reconocer que nuestra concepción de Dios es trinitaria**. Aunque Kant dijera que no importaba si hay tres o diez personas en la deidad, ¡estaba totalmente equivocado al respecto!

También debemos tener el valor de explicar que **Dios Hijo realmente se encarnó en una virgen en el antiguo Israel**. Esta proposición es súper rara para el mundo moderno, pero ¿qué importancia tendría el cristianismo si esto no fuera cierto?

Esta segunda persona de la Trinidad fue posteriormente crucificada por los romanos que ocupaban Israel porque se enfrentó a los líderes judíos al atreverse a decir que era el hijo de Dios... Esta parte de

la narración no es tan rara porque estos factores políticos son fáciles de imaginar; pero luego vuelve la rareza con la afirmación de que **este personaje histórico realmente existente resucitó de entre los muertos** y, tras pasar unos cuarenta días más con sus seguidores, ascendió a los cielos.

Estos son sin duda los elementos que provocan más extrañeza de la enseñanza cristiana, pero hay muchos más.

Necesitamos también recuperar una perspectiva sacramental. Fue ésta una de las grandes víctimas de la Reforma. Una perspectiva sacramental significa la capacidad de abordar toda la creación como reveladora de lo divino, la capacidad de ver cómo se entrecruzan lo material y lo espiritual. Esto, a su vez, requiere creer en la gracia. Necesitamos hablar de la gracia más que de la justicia social. La ética social actual está demasiado alejada de la antropología. Si nuestros jóvenes no tienen la menor idea de la antropología cristiana, entonces no serán capaces de distinguir entre una concepción cristiana de la justicia social y otras concepciones del batiburrillo político que se nos presenta.

[...] Finalmente, de todas las dimensiones de la perspectiva sacramental, dos de las más extrañas son **que el Cuerpo de Cristo está realmente presente en la Eucaristía y que esta presencia se efectúa a través de los actos de un sacerdote**. Además, estos sacerdotes adquieren su poder espiritual a través de otro sacramento llamado Orden sacerdotal. Los sacerdotes no son trabajadores sociales, *coachs* para momentos dolorosos o cualquier otro rol fácilmente comprensible para la mente del racionalista, sino agentes de la gracia.

Estas ideas están cobrando fuerza. Al menos desde finales del siglo

XIX ha habido estudiosos católicos que han argumentado que el proyecto de presentar el cristianismo como la vía para cumplir los objetivos de la filosofía del siglo XVIII es un proyecto condenado al fracaso. Newman lo llamó promover la religión de la época. En lugar de mirar por encima del hombro a los libros de Immanuel Kant –el «Aristóteles del protestantismo», como lo llamó Ratzinger–, **Theodor Haecker** sugirió que tenemos que luchar en el terreno sacramental. Este es el terreno en el que lucharon los primeros cristianos durante el Imperio Romano. Una época en la que gente de toda Europa dejaba de rezar a los dioses romanos y se bautizaba.

Theodor Steinbüchel, profesor de teología del joven Joseph Ratzinger, se hizo eco de Haecker cuando afirmó que «nuestra lucha pasa por ampliar la dimensión del misterio cristiano». **Gottlieb Söhngen**, otro de los profesores de teología de Ratzinger, observó que «el orden sobrenatural y el natural no están uno al lado del otro, sino que el orden sobrenatural abarca y también penetra en el orden natural». **De hecho, una cultura cristiana es precisamente aquella en la que ha habido un alto grado de penetración de lo natural por lo sobrenatural**.

La penetración de lo natural por lo sobrenatural no es algo banal ni aburrido, no es una cuestión de conformismo burgués. Para el católico es redentora y para el incrédulo es fascinantemente extraña y diferente, y es justo lo que necesitamos ahora como alternativa a una anodina cosmología materialista.

El genio masculino

Deborah Savage es profesora de teología en la Universidad Franciscana de

Steubenville y directora del Instituto para el estudio del hombre y la mujer, donde ha publicado una rica reflexión sobre lo que significa la masculinidad:



“¿Qué podemos decir del hombre en cuanto hombre? ¿Existe un “genio masculino”, que reflejaría su propia “capacidad única” para... qué? ¿Para qué sirven los hombres?”

No cabe duda de que existe un genio masculino, pero éste no se reduce a su fuerza física o al hecho de que pueda manejar mejor un arado, una espada o una pistola, igual que el de la mujer no se reduce a la capacidad de su cuerpo para criar hijos. Su inteligencia, su genio, están profundamente imbuidos en lo más esencial de su naturaleza. Lo que falta es una comprensión más profunda de lo que es realmente ese genio y de dónde se origina. Y resulta que una nueva mirada a Génesis 2 revela un punto de partida para una mayor comprensión, no sólo del genio femenino, sino también del genio masculino.

Mi argumento parte de Génesis 2:15 y la evidencia que relata el texto: que el hombre está en el Jardín a solas con Dios durante algún tiempo antes de la aparición de la mujer, algo que tiene importantes implicaciones para el lugar que ocupa en el orden creado y la concepción tradicional del hombre como cabeza de familia. Pero aparte de esta relación especial con el Creador, puede decirse que el primer contacto del hombre con la realidad



es el de un horizonte que sólo contiene criaturas inferiores, lo que podríamos llamar “cosas” (*res*); esto es lo que lleva a Dios a concluir que el hombre está incompleto y solo, y en última instancia conduce a la creación de la mujer.

Ahora bien, la orientación del hombre hacia las cosas forma parte claramente del designio de Dios. De hecho, puede proporcionar un punto de partida en la Escritura para la evidencia bien documentada de que los hombres parecen más naturalmente orientados hacia las cosas que hacia las personas. El hombre es el encargado de dar nombre a todas las cosas que Dios pone ante él (incluida la mujer); al darles nombre, asume dominio sobre ellas. Puede decirse, por tanto, que el hombre conoce las cosas de un modo que la mujer sencillamente no conoce. De hecho, santo Tomás de Aquino llegó a sostener que Adán debió de recibir un don preternatural propio, un tipo especial de conocimiento infuso, que le hizo posible dar nombre

a los seres y objetos de la creación. Y es aquí donde llegamos al núcleo de lo que propongo que es el genio masculino: **el hombre aprende que está llamado a descubrir qué son las cosas, cómo pueden distinguirse las unas de las otras y para qué sirven. Éste es su don.**

...Es el hombre quien, en Génesis 2:15 y mucho antes de que la caída lo enfrente a la creación, es puesto en el jardín para “que lo trabajara y lo guardara”. En realidad, el hombre es el único ser que recibe un trabajo específico. Este es su trabajo, su misión. Y no es hasta que aparece la mujer cuando comprende su propósito, el *telos* hacia el que se ordenan sus esfuerzos. Ha de ejercer su fuerza, su trabajo, su genio al servicio de ella. De hecho, como nos dice san Pablo en Efesios 5:24, debe sacrificar su propia vida por ella, imitando el amor de Cristo por la Iglesia.

Es manifiestamente cierto que el hombre crea fuera de sí mismo, que está orientado hacia lo externo, que actúa sobre el mundo. En efecto,

está hecho para construir cosas. Y su genio se origina en su capacidad para conocer y utilizar los bienes de la tierra al servicio de la prosperidad humana... La verdad es que si no fuera por los hombres seguiríamos viviendo en cuevas, con miedo a salir de ellas. **El modo en que debemos responder a la manifestación del “genio masculino” no es con el ridículo ni el resentimiento, sino con gratitud por su dedicación a su misión.**

[...] Y así, es cierto que **el hombre le da a la mujer su lugar**, que sin él ella no tendría un lugar. Pero a esta verdad corresponde otra realidad más profunda. Porque **sin la mujer, el hombre no tiene futuro**. Ella es un signo escatológico de la alegría que nos espera. Porque sólo con la aparición de la mujer se forma la comunidad humana y ésta entra en la historia de la humanidad.

El hombre y la mujer se necesitan mutuamente, se presuponen. Y juntos son responsables de devolver todas las cosas a Cristo”.



Pro beatificación padre Enrique Ramière

«En la escuela del Corazón de Jesús: su predilección fueron siempre los pequeños, los desheredados, los pobres...»

No es el caso que el excelente religioso se reservara para ciertas categorías de personas, más capaces que otras de apreciar su talento en su justo valor. Incluso, podría ponderarse como excesiva la condescendencia que siempre mostró al prestarse sin medida a cualquier oportunidad para hacer el más mínimo bien. Pero ¿cómo sujetar semejante temperamento tan ardiente que, desde primera hora, todo su anhelo se volcaba en favor de los pequeños, de los desheredados y de los pobres? Un ejemplo, entre muchísimos otros. ¿Quién podrá hacerse eco de su atención delicada, de su entusiasta entrega, de su acompañamiento sostenido, hacia sus queridos pequeños sordomudos? Nunca regresaba a Le Puy sin visitar la casa, sin dar alguna sorpresa a los niños, sin hablarles con el corazón, único idioma que saben oír. ¡Y qué sorpresa la de una hermosa carta de Pío IX, obtenida un día a petición suya, para agradecerles haber querido, «aunque pobres e indigentes,

ofrecerle la ayuda de sus limosnas, el fruto de sus ahorros y el trabajo de sus manos!» (breve, 12 de junio de 1861.)

Emilio Régnault, S.I.
Messenger, marzo de 1884

Las instituciones para sordomudos tomaron auge en la Francia del siglo XIX, asumiendo frecuentemente su dirección la Institución Lasalliana. La diócesis de Le Puy contaba con una de estas residencias. Distante de la ciudad unos

veinte minutos a pie del centro de formación de la Compañía de Jesús, en Vals, el padre Enrique Ramière era asiduo de los niños allí acogidos. De vuelta a Vals, la parada de carruaje era obligada en la cabeza de la diócesis. Puestos los pies sobre el empedrado, ascendía con presteza en dirección a Nuestra Señora de Francia. Su amor y entrega vivía del Corazón de Cristo, de quien son las palabras: «Aprended de mí, que soy manso y humilde corazón».



Institución para sordomudos, en Le Puy, al pie de Nuestra Señora de Francia (Fotografía: musee-sourds-louhans.fr).



Hace 75 años La Cruzada a la que estamos todos llamados: la oración

Ibón Elósegui

«Como quiera que las fuerzas humanas son ineficaces si no se apoyan en la divina gracia, os exhortamos encarecidamente a iniciar una como cruzada de oraciones para imperar los oportunos remedios para los males presentes». Con estas palabras, el papa Pío XII exhortaba en la encíclica *Anni sacri* (1950) a todos los cristianos a emprender una cruzada de oración por la renovación de las costumbres y la concordia entre los pueblos.

Setenta y cinco años después, al mirar atrás y contemplar lo sucedido en el mundo, podemos afirmar que esta llamada sigue siendo más necesaria que nunca. Es preciso recuperar aquel espíritu que el padre Orlandis quiso inculcar en sus primeros discípulos. «Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía responder: “Mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración”». Aquel anhelo no era otro que infundir en quienes formaran parte de Schola Cordis Iesu el celo por conocer, vivir y transmitir la devoción al Corazón de Jesús.

Para vivir plenamente esta devoción, ¿qué mejor camino que formar parte del Apostolado de la Oración? Aquella «santa liga de corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas», según la expresión del padre Ramière. Él mismo indicaba los medios necesarios para alcanzar tan excelso fin:

«He aquí los elementos que dan su fuerza a nuestro apostolado: la oración, como medio universal de acción; la asociación, como condición necesaria para que la oración sea eficaz; y la unión con el Corazón de Cristo, como fuente de vida para la asociación».

Hace 75 años, la revista *Cristiandad*, con motivo de la Cruzada de oraciones promovida por el Apostolado de la Oración, reflexionaba sobre el significado de las cruzadas a lo largo de la historia. Hoy, ante la realidad que nos rodea, podemos afirmar que la cruzada a la que todos estamos llamados es la oración. Este es el recordatorio que nos trae el artículo que presentamos.



Egidio de Viterbo (1472-1532)

La Cruzada actual. Francisco Canals Vidal

«La pérdida de nuestros ejércitos considero que ha sucedido por disposición de la divina Providencia, para que, derrotados mientras estuvimos armados con armas ajenas a la Iglesia, volvamos a las propias y con ellas triunfemos. Nuestras armas son la piedad y religión, la rectitud de vida, las oraciones y deseos presentados a Dios, el escudo de la fe y las armas de la luz. Si a ellas volvemos, así como con las armas que no son las propias hemos sido inferiores a cualquier adversario, así con las nuestras podremos triunfar de todo enemigo».

Con estas palabras predicaba la Cruzada contra los turcos, al inaugurarse en mayo de 1512 el Concilio ecuménico de Letrán, un hombre ilustre: Egidio Canisio de Viterbo, que algún tiempo después había de levantar tras de sí el entusiasmo del pueblo español al proclamar en nuestra patria la guerra

santa contra el enemigo de la Cristiandad.

Pronunciadas en los tiempos en que decaía ya en Europa aquel ideal, las palabras de Egidio de Viterbo son expresión ejemplar del espíritu adecuado a la predicación de una cruzada. Por esto las encontramos ahora de tan vital actualidad.

Hoy ciertamente no tendría sentido, en las presentes circunstancias del mundo, esperar en que se sirviese con eficacia a su salvación con una empresa guerrera. Pero el espíritu que transformó el gue-

rrero bárbaro en el caballero cristiano, el espíritu que animaba las cruzadas de siglos pretéritos no ha perdido su actualidad por ello.

Se nos pide de nuevo, con mayor urgencia que nunca, una movilización general del pueblo cristiano. Una lucha total en todos los campos. De este despertar de la conciencia cristiana depende la suerte del mundo. Nos lo ha advertido en solemnes ocasiones el papa Pío XII:

«Presten su ayuda –dice en la Encíclica *Anni sacri*– con su decidida y experta actividad los que militan en los ejércitos de la Acción Católica. A nadie le es lícita la indolencia, a nadie la inercia, nadie se entregue al ocio mientras se padecen males tan grandes, mientras tales peligros amenazan, mientras los que están enfrente se esfuerzan por socavar los mismos fundamentos de la religión católica y del culto cristiano. No se dé nunca en el futuro que «los hijos de este siglo sean más prudentes que los hijos de la luz», que ja-

más sean menos activos éstos que aquéllos».

Pero la característica de esta cruzada actual es que no puede ya consistir esencialmente en una actividad de orden natural. No ya sólo una empresa guerrera, toda otra actividad esencialmente humana: lucha política, acción social, prensa, etc., está en desproporción con la magnitud y gravedad de los problemas del mundo actual.

Los católicos que pusieran desordenadamente su ilusión en estas armas para superar a sus adversarios, pasarían pronto a engrosar la masa de los que creen que no hay remedio posible para los males presentes, o por lo menos que no está en su mano trabajar para salvar al mundo de males tan ingentes y peligros tan angustiosos.

Ello nos llevaría a la indolencia y a la inercia. Y el Papa nos dice en cambio una vez más que «ha llegado la hora de la acción». He aquí lo que la Dirección del Apostolado de la Oración nos advierte al proclamar la Cruzada internacional de Oración y Penitencia:

La Cruzada radicalmente sobrenatural que puede salvar el mundo es, pues, Cruzada de oración.

«Nosotros los católicos conocemos los principios que llevan a procurar la salvación del linaje humano. Y debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se reconozcan y pongan en práctica, así en la vida privada como en la pública.

Más la experiencia nos enseña que, de momento, no es posible obtener en la vida pública tal recono-

cimiento práctico de la doctrina de la Iglesia.

Nos falta algo todavía que es necesario para lograr la victoria de Cristo. Este requisito imprescindible es la oración».

La Cruzada radicalmente sobrenatural que puede salvar el mundo es, pues, Cruzada de oración.

«La oración es el único medio de salvación», nos dicen al proclamarla. «Sólo una legión de orantes puede dar la paz al mundo» dijo también el Sumo Pontífice.

Y en la encíclica *Anni sacri*, después de las palabras que antes citamos nos exhorta:

«Como quiera que las fuerzas humanas son ineficaces si no se apoyan en la divina gracia, por esto os exhortamos encarecidamente a

iniciar entre los fieles una cruzada de Oración para impetrar del Padre de las misericordias y Dios de toda consolación los oportunos remedios para los males presentes».

En esta cruzada se nos pide nuestra colaboración y nuestra entrega al amor omnipotente del Corazón de Cristo, «manifestado en alto a las naciones como bandera de paz y caridad y como presagio de no dudosa victoria en el combate».

«Dios y la Iglesia para estas extraordinarias aflicciones nos ha dado la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús», «remedio que puede y debe traernos la victoria y el triunfo de Cristo».

Si una consideración naturalista y en el fondo orgullosa de nuestras fuerzas humanas nos lleva a

desesperar de todo esfuerzo por la salvación del mundo, la humilde y confiada aceptación del mensaje del Corazón de Jesús nos llena de seguridad en la victoria. En la fuerza sobrenatural de la Iglesia recibida de Él, tenemos nuestras verdaderas armas.

Esto nos llena a la vez del sentido de la responsabilidad que tenemos contraída ante Dios «por nosotros mismos y por los hombres de nuestra época». Porque los hijos de la Iglesia católica que sigamos este llamamiento, deberemos convencernos –sean cualesquiera nuestras cualidades y medios naturales– de que sólo nosotros podemos salvar el mundo.

Porque sólo el Corazón de Cristo puede salvarle.

La virtud de la caridad es la que mantiene fiel al mártir

Es la caridad, es la fuerza del amor, la que mantiene fiel al mártir. «De ahí que el martirio sea acto de la caridad como virtud imperante, y de la fortaleza como principio del que emana. Pero el mérito del martirio le viene de la caridad», pues «si repartiere toda mi hacienda y si entregara mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha» (1Cor 13,3).

La caridad es el vínculo de perfección. Pero el martirio es, entre todos los actos virtuosos, el que más demuestra la perfección de la caridad, ya que se demuestra tener tanto mayor amor a una cosa cuando por ella se desprecia lo más amado y se elige sufrir lo que más se odia. Ahora bien: es obvio que entre todos los bienes de la vida presente el hombre ama sobre todo su propia vida, y por el contrario experimenta el mayor odio hacia la muerte, especialmente si es con dolores y tormentos corporales, por cuyo temor hasta los mismos animales se abstienen de los máximos placeres, como dice San Agustín en el libro Octoginta trium quaest.. Según esto, parece claro que el martirio es, entre los demás actos humanos, el más perfecto en su género, como signo de máxima caridad, conforme a las palabras de San Juan (15,13): Nadie tiene mayor amor que el dar uno la vida por sus amigos.

Santo Tomás, *Suma teológica* -Parte II-IIae- Cuestión 124 art.3



Actualidad religiosa

Javier González Fernández



Icono conmemorativo del Primer concilio de Nicea

1700 años del concilio ecuménico de Nicea

EL problema esencial de nuestra fe es reconocer la necesidad que tenemos de ser salvados y quién es nuestro Salvador. En este sentido, la fe cristiana consiste en profesar que Jesús es el Ungido,

el Cristo, el Salvador, porque es el Hijo de Dios, la Palabra eterna del Padre enviada al mundo para salvarnos. Sin embargo, ya desde los primeros momentos de la predicación evangélica encontramos dos posiciones enfrentadas a este misterio.

Por un lado encontramos el llamado error judío, que admite que Jesús de Nazaret es el Mesías que liberará Israel de la opresión de los poderes gentiles pero no lo reconoce como fuente de la gracia que nos justifica ya que creen que el hombre puede cumplir perfectamente la Ley de Dios por sus propias fuerzas y que con ello él mismo se gana la salvación prometida. Por eso los que así pensaban tenían a Jesús por un mero hombre que por su perfecto cumplimiento de la Ley se había liberado de las opresiones humanas y merecía ser hijo de Dios. Esta corriente, al no sentir la necesidad de ser salvados de sus pecados, no espera que el Salvador fuera verdaderamente Dios y se valió de la afirmación insistente del monoteísmo (monarquianismo, modalismo, dinamismo) para negar la realidad de la Trinidad.

Opuesto a este monoteísmo no trinitario y de un Cristo puramente humano pero también fuera de la fe cristiana, surgieron concepciones pertenecientes a un emanatismo

neoplatónico con apariencia trinitaria cuyo máximo exponente fue Orígenes.

Sintetizando estos dos errores en una reconversión verbal del error judío con instrumentos conceptuales origenistas fue surgiendo a lo largo del siglo III una nueva corriente que culminaría en el siglo IV en la herejía arriana, para la que Cristo no es ni verdadero Dios ni verdadero hombre ya que lo conciben como una criatura espiritual preexistente –el Logos emanado de Dios pero que no es Dios– que toma cuerpo en Jesús de Nazaret –que no es hombre porque le falta el alma humana–.

Frente a esta deformación de la fe cristiana surgida en Alejandría aparece la admirable figura de san Atanasio, «celeberrimo en santidad y doctrina, en cuya persecución se conjuró casi todo el mundo», que siendo diácono polemizó espléndidamente con Arrio. Alarmado el emperador Constantino por las disputas entre los cristianos, y más preocupado por la paz política del Imperio que por la paz religiosa, convoca el concilio en Nicea el año 325. Allí triunfa la fe católica de Atanasio, que habla en nombre del obispo Osio, legado del papa Silvestre, y redactan la fórmula de Nicea, que oímos todos los domingos cuando rezamos el Credo, completado con los añadidos en el Concilio de Constantinopla y en símbolos posteriores. «Creemos (...) en un solo Señor nuestro Jesucristo, el Hijo de Dios, nacido Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Nacido, no hecho, de la misma substancia que el Padre (“homoousion to Patri”, “consubstantialem Patri”). (...) El cual por nosotros los hombres y

por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los Cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

El próximo 20 de mayo, 1700 años después, la Iglesia católica y el conjunto del mundo cristiano recordarán con gratitud y alegría la apertura de este concilio que, como ha afirmado el papa Francisco, «marcó un hito en la historia de la Iglesia y su conmemoración invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, “de la misma naturaleza del Padre”, que nos ha revelado semejante misterio de amor».

Con motivo de este centenario la Comisión Teológica Internacional (CTI) ha publicado un documento titulado «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. 1700° aniversario del Concilio Ecuménico de Nicea (325-2025)» en el que, además de recordar el tenor y la significación de este Concilio, saca a la luz los extraordinarios recursos para la evangelización que contiene el Credo y propone una síntesis que puede acompañar provechosamente la profundización de la fe y su testimonio en la vida de la comunidad cristiana.

La Iglesia en Aguascalientes (México) inaugura un refugio de atención para enfermos terminales

Ante un mundo que promueve cada vez con mayor ferocidad el descarte de los pobres y vulnerables, la Iglesia no deja de alzar su voz para defender el valor de la vida humana en la enfermedad, el sentido del sufrimiento y el significado del tiempo que precede a la muerte, a la vez que alienta todo tipo de iniciativas

de acompañamiento de la persona enferma en las fases terminales de la vida de manera que se le ayude respetando y promoviendo siempre su inalienable dignidad humana, su llamada a la santidad y, por tanto, el valor supremo de su misma existencia (cf. Carta Samaritanus Bonus sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida, Congregación para la Doctrina de la Fe, 22 de septiembre de 2020).

Fruto de esta inquietud y tras casi seis años de trabajo y esfuerzo, el pasado 10 de marzo la Iglesia en Aguascalientes (México) puso en marcha la Casa Oasis de Misericordia, un proyecto que ofrece atención gratuita y digna a enfermos terminales en situación de vulnerabilidad.

En una entrevista con ACI Prensa, el padre Javier Cruz Muñoz, director diocesano de la casa, explicó que el proyecto surgió a raíz de la invitación del papa Francisco durante el Año de la Misericordia (2015-2016) de ser «Misericordiosos como el Padre» y vino a concretar el sueño que siempre había tenido la diócesis de crear un espacio dedicado a la «atención a enfermos muy graves, respondiendo a la obra de misericordia de visitar al enfermo».

Esta iniciativa busca ser un refugio de esperanza y amor para quienes atraviesan la última etapa de su vida, ofreciendo cuidados médicos, atención psicológica, apoyo social y acompañamiento espiritual. De hecho, la atención espiritual es uno de los pilares fundamentales de Casa Oasis de Misericordia ya que permite dar «sentido al sufrimiento de los enfermos desde el mismo sufrimiento de Cristo, que entregó su vida por nosotros». Además esta misma fe en Cristo Salvador se expresa a su vez en la caridad de manera que el enfermo

pueda experimentar en primera persona su condición de hijo amado de Dios y miembro de una verdadera familia, la Iglesia. Contra los que promueven con falsa caridad la eutanasia o el suicidio asistido, especialmente entre los más vulnerables y desfavorecidos, «todo lo que se ofrece en esta casa –comentó el padre Cruz– es para que el enfermo viva con dignidad pero sobre todo con esperanza en lo que solamente Dios le puede ofrecer en esta vida y en la vida eterna».

La Iglesia en 12 semanas

La Conferencia Episcopal Española acaba de comenzar un nuevo proyecto bajo el lema «La Iglesia en 12 semanas» en el que, desde este mes de abril y hasta junio, se irá mostrando la vida de la Iglesia que celebra y anuncia la fe (fe), evangeliza (esperanza) y ejerce la caridad al servicio de las personas (caridad).

Mostrar la actividad de la Iglesia, afirma la CEE, es mostrar la entrega de centenares de miles de personas que están detrás de cada una de las cifras que se ofrecen. Cada miembro de la comunidad cristiana aporta según sus posibilidades:



unos ofrecen su tiempo, otros su oración y otros su aportación económica. Junto a ellos, los consagrados, que aportan su vida entera. Y entre todos se hace posible que detrás de cada cifra también esté el rostro de cada uno de los que encuentran en la Iglesia acompañamiento tanto espiritual como material.

Durante la primera semana, la campaña muestra la presencia eclesial en la educación, donde la Iglesia ha realizado una aportación in-

sustituible a lo largo de la historia y hoy, en nuestro país, sigue realizando una importante contribución a la educación de niños, jóvenes y universitarios en los más de 2.500 centros católicos existentes en nuestro país. En ellos reciben educación casi un millón y medio de alumnos de la mano de más de 135.000 trabajadores y casi 110.000 docentes, suponiendo un ahorro para el Estado de 4.604 millones de euros.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

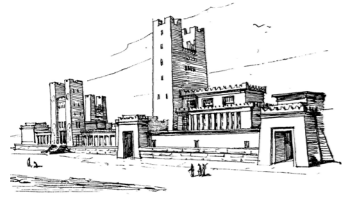


Mayo: Por las condiciones de trabajo

Oremos para que a través del trabajo se realice cada persona, se sostengan las familias con dignidad y se humanice la sociedad.

Junio: Para crecer en la compasión por el mundo

Oremos para que cada uno de nosotros encuentre consolación en la relación personal con Jesús y aprenda de su Corazón la compasión por el mundo.



Actualidad política

Jorge Soley Climent



El Papa saluda a las personas que lo esperaban alrededor de la Casa de Gobierno de Port Moresby en su viaje apostólico de 2024

Papúa Nueva Guinea reconoce a Dios en su constitución

EL pasado 12 de marzo de 2025 el Parlamento de Papúa Nueva Guinea aprobó una enmienda a la Constitución que proclama oficialmente el carácter cristiano de la nación. El nuevo preámbulo dice así: «Reconocemos y declaramos a Dios Padre, a Jesucristo Hijo y al Espíritu Santo como nuestro Creador y sustentador de todo el universo». La moción fue aprobada por 80 votos a

favor y 4 en contra. Esta afirmación no establece ninguna una iglesia estatal y garantiza la libertad religiosa.

Papúa Nueva Guinea tiene casi 12 millones de habitantes y más del 95% de la población se declara cristiana, de los cuales el 27% son católicos, cuya presencia se remonta a la llegada de los maristas franceses en la década de 1840 y posteriormente, a partir de 1885, de los Misioneros del Sagrado Corazón. El país es sumamente complejo, con más de 800 len-

guas y grupos étnicos, por lo que este reconocimiento en la constitución pretende también reforzar el sentimiento nacional en torno a un reconocimiento de la fe cristiana común.

En una reacción desconcertante, la Conferencia Episcopal del país ha expresado su oposición a la medida, denunciando que es ante todo una medida de distracción por parte de un gobierno que no ataja «la corrupción, la violencia o la anarquía». El arzobispo de Port Moresby, Rochus Tatamai, reiteró que la prioridad sigue siendo la conversión personal, la justicia, la lucha contra la corrupción y el respeto a las instituciones. No dudamos de que sea posible que existan cálculos políticos, y por supuesto es en la conversión personal donde nos jugamos cada uno la salvación, pero precisamente sin el reconocimiento de que Dios es el fundamento también del orden político es imposible alcanzar la justicia y acabar con los males denunciados, como la corrupción.

Trump y el fin del orden post 1945

Los primeros pasos del nuevo mandato de Trump en Estados Unidos están provocando desconcierto en todo el mundo. Sus numerosas medidas, lanzadas a un ritmo frenético, suponen una clara ruptura con el curso de lo previsible desde hace años. En política interior, el rumbo está claro: rechazo a lo woke, recuperación del control de las fronteras e intento de recuperación económica basada en volver a la energía barata y al uso de aranceles, una medida esta última que nos hace penetrar en terreno desconocido, quebrando la senda de la globalización que rige en el mundo desde hace tres décadas. En política exterior la cuestión es más compleja

y algunos de los mensajes parecen contradictorios.

Por un lado parece claro que la administración Trump aboga por regresar a aquella «América para los americanos» de la doctrina Monroe, que sostiene que el continente americano, tanto por motivos económicos como de seguridad, debe de ser controlado por los Estados Unidos. Desde esta perspectiva se pueden comprender las presiones sobre Panamá para acabar con la influencia china en el Canal por el que transcurre gran parte del transporte de mercancías estadounidense y que resulta clave para la capacidad operativa de su Marina de guerra. Otro tanto podría decirse de las presiones sobre Canadá y Groenlandia: los Estados Unidos parecen dispuestos a que su área de influencia más cercana baile realmente a su son.

Pero al mismo tiempo, Estados Unidos está inmerso en varios escenarios bélicos muy alejados de sus fronteras y, aunque lo deseara, no puede abandonarlos de la noche a la mañana, lo que provocaría un descomunal caos y lastraría su prestigio, como ya sucedió en la espantada de Biden en Afganistán. Trump prometió que acabaría con la guerra en Ucrania en un santiamén, pero la realidad es que ésta se resiste a acabar. Por el momento las mayores presiones han sido sobre Ucrania, a la que se le pide que ceda territorio a cambio de la protección que le daría el mero hecho de que los intereses de diversas empresas estadounidenses estarían ligados a su supervivencia. Putin, consciente del agotamiento de las fuerzas ucranianas y del poco interés de Estados Unidos en seguir financiando una guerra en la que no está nada claro qué beneficios obtendrá, no da su brazo a torcer y aleja la posibilidad de una

solución rápida como la prometida por Trump. Sabe, también, que las promesas de rearme de la Unión Europea, si se acaban haciendo realidad, no tendrán impacto real hasta dentro de varios años, y que Estados Unidos tiene prisa por solucionar como sea las distracciones, como esta guerra de Ucrania, a su principal reto: enfrentar una China cada vez más agresiva y expansionista cuya amenaza sobre Taiwán parece cada vez más inminente.

Por su parte, el escenario en Oriente Medio, si bien parece haberse estabilizado en un estado de guerra de intensidad media-baja, no está para nada cerrado y puede escalar hasta una alta intensidad con incontrolables ramificaciones. Sí, Hezbolá ha visto muy mermada su operatividad e Irán ha perdido a gran parte de sus agentes «proxy» fuera de sus fronteras, pero la cuestión de fondo sigue sin ser resuelta: ¿qué hacer para conseguir que Gaza deje de ser una amenaza constante para la vida de Israel? Sin una deportación masiva, al estilo de las que practicaban los emperadores de Babilonia, no se vislumbra ninguna opción realista. Y Estados Unidos, garante de la supervivencia de Israel, se encuentra así atrapado en un conflicto que probablemente no tenga otro final que el escatológico.

La incertidumbre, pues, no sólo persiste sino que aumenta, al embarrancarse las propuestas de Trump, que prometían soluciones rápidas, en una realidad que se resiste a sus planes. Pero en medio de esa incertidumbre hay algo que sí parece claro: la quiebra del orden internacional nacido del final de la Segunda Guerra Mundial, lo que se ha dado en llamar el orden del 45. Un orden internacional basado en acuerdos y tratados que adoptaron la forma de

un derecho internacional que prometía el mantenimiento de la paz internacional a través de su imperio sobre los Estados del mundo. Un orden en el que creyeron la mayoría de los occidentales y en el que incluso la Iglesia parecía confiar (aunque con ciertos y fundamentales matices). Pero ahora, cuando los Estados Unidos de Trump actúan siguiendo abiertamente sus propios intereses, sin sentirse limitados por apelaciones a ese orden internacional del 45, descubrimos que aquello en lo que habíamos creído era, quizás, un espejismo. Se nos revelaría así que en realidad aquel supuesto orden no era más que el modo de encubrir una hegemonía en la que, durante la Guerra Fría, dos grandes potencias se repartieron el mundo. Se hablaba de derecho internacional pero en la mitad del mundo sometida al comu-

nismo se perpetraron impunemente las mayores aberraciones. Se hablaba de mantenimiento de la paz y el equilibrio mundial pero la ONU nunca fue capaz de detener un solo conflicto y, por su parte, Estados Unidos emprendió 56 intervenciones militares sólo en el continente americano sin ningún respaldo fundado en esa legalidad internacional que ahora algunos denuncian, alarmados, que se está resquebrajando.

Con la caída del comunismo pareció, por unos instantes, que podía mantenerse vigente aquella ficción pero, ahora, bajo un solo poder hegemónico, el de los Estados Unidos. La evolución del mundo en los últimos 30 años ha echado por tierra aquella pretensión. Las potencias emergentes, encabezadas por China, no tienen ninguna intención de jugar bajo esas reglas y, de hecho, hace tiempo

que no lo hacen. Ni China, ni Rusia, ni Irán, ni Corea del Norte... reconocen legitimidad alguna a aquel orden internacional basado en reglas y tratados nacido en 1945 y no existe poder en el mundo que pueda forzarles a lo contrario. Estados Unidos toma nota, apuesta por hacerse fuerte en su área de influencia e intenta poner freno a la expansión de sus rivales (con mayor o menor fortuna sólo lo sabremos con el tiempo). Sólo Europa parece aún presa de un marco que se evapora, de un relato que no era más que el encubrimiento de una hegemonía que ya no existe. No es éste un panorama tranquilizador, pues las posibilidades de conflicto a gran escala se multiplican, pero es la ineludible realidad que aparece cuando retiramos cuidadosamente todo el ruido y los velos con que intentan disimularla.

El martirio, un don de la gracia de Dios

Una vez más, ¿de dónde nace la fuerza para afrontar el martirio? De la profunda e íntima unión con Cristo, porque el martirio y la vocación al martirio no son el resultado de un esfuerzo humano, sino la respuesta a una iniciativa y a una llamada de Dios; son un don de su gracia, que nos hace capaces de dar la propia vida por amor a Cristo y a la Iglesia, y así al mundo. Si leemos la vida de los mártires quedamos sorprendidos por la serenidad y la valentía a la hora de afrontar el sufrimiento y la muerte: el poder de Dios se manifiesta plenamente en la debilidad, en la pobreza de quien se encomienda a él y sólo en él pone su esperanza (cf. 2 Co 12, 9). Pero es importante subrayar que la gracia de Dios no suprime o sofoca la libertad de quien afronta el martirio, sino, al contrario, la enriquece y la exalta: el mártir es una persona sumamente libre, libre respecto del poder, del mundo: una persona libre, que en un único acto definitivo entrega toda su vida a Dios, y en un acto supremo de fe, de esperanza y de caridad se abandona en las manos de su Creador y Redentor; sacrifica su vida para ser asociado de modo total al sacrificio de Cristo en la cruz. En una palabra, el martirio es un gran acto de amor en respuesta al inmenso amor de Dios.

Benedicto XVI, *Audiencia general*, 11 de agosto de 2010



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



Colabore en la difusión CRISTIANDAD

Puede suscribirse en:

<http://cristiandad.orlandis.org/suscripcion/>
administracion.cristiandad@orlandis.org

INSTITUTO DEL CORAZÓN DE CRISTO
**EJERCICIOS ESPIRITUALES
IGNACIANOS**
DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO
10 julio - 10 agosto del 2024 | Casa de Ejercicios en El Burgo de Osma (Soria)

Dirigido por:
D. José María Alsina Casanova
D. Manuel Vargas Cano de Santayana

Pre-inscripción:
ejerciciosespirituales@icorazondecristo.org
(las plazas serán confirmadas por el director)



**Manual de supervivencia
para los últimos tiempos**
Aparicio Lara, Valentín

Editorial: Palabra
240 páginas
Precio: 18,90€

La ideología actual nos hace percibir la historia como un conglomerado de decisiones políticas y acontecimientos, personajes y hechos; pero nada más. Para san Juan, en cambio, detrás de todos estos fenómenos se esconde una guerra espiritual: un dragón espantoso que maneja los hilos y usa a sus mascotas, las bestias, como marionetas. Pero un mundo así solo puede encaminarse a la ruina. Valentín Aparicio nos presenta un manual para sobrevivir a los últimos tiempos, a esta época convulsa en que el bien y el mal se baten en fiera batalla. Un enfrentamiento en el que el triunfo del demonio es solo aparente, porque Dios es dueño y Señor de los designios de la historia. Es preciso prepararse.



La Contrarrevolución cristera
Olivera Ravasi, Javier

Editorial: Homo legens
450 páginas
Precio: 19,90€

El P. Javier Olivera trasciende el mero relato histórico y la recopilación de los datos [...], para comprender este acontecimiento histórico como el enfrentamiento entre dos cosmovisiones, la católica patriótica mexicana e hispanista y la revolucionaria masónica y laicista.

No dudo que este libro causará grandes beneficios a muchas almas, porque, además del conocimiento de los hechos históricos y del trasfondo que hay tras ellos, las páginas edificantes de los mártires mexicanos, entre ellos el conmovedor relato del muchachito San José Sánchez del Río, siempre serán causa de deseo de adhesión firme a Cristo y crecimiento espiritual. (Del prólogo de Santiago Cantera Montenegro, O.S.B.)



**La pederastia en la Iglesia y la
sociedad**
Miró i Ardèvol, Josep

Editorial: Sekoitia
288 páginas
Precio: 21,95€

A través de un análisis riguroso de datos oficiales, informes y estudios, esta obra demuestra cómo el Congreso de los Diputados y el Defensor del Pueblo han cometido un acto de discriminación sin precedentes, al investigar únicamente los casos vinculados a la Iglesia católica. Los poderes públicos han optado por señalar exclusivamente a la Iglesia católica, que representa menos del 1 % de los casos, convirtiéndola en un chivo expiatorio que distrae la atención del verdadero problema.



TESTIGOS HEROICOS DEL EVANGELIO

«Queridos hermanos, ante la respuesta valiente y unánime de estos mártires, sobre todo de muchísimos sacerdotes y seminaristas, me he preguntado muchas veces: cómo se explica su fuerza sobrehumana de preferir la muerte antes que renegar la propia fe en Dios? Además de la eficacia de la gracia divina, la respuesta hay que buscarla en una buena preparación al sacerdocio. En los años previos a la persecución, en los seminarios y en las casas de formación los jóvenes eran informados claramente sobre el peligro mortal en el que se encontraban. Eran preparados espiritualmente para afrontar incluso la muerte por su vocación. Era una verdadera pedagogía martirial, que hizo a los jóvenes fuertes e incluso gozosos en su testimonio supremo.

Ahora planteémonos una pregunta: ¿por qué la Iglesia beatifica a estos mártires? La respuesta es sencilla: la Iglesia no quiere olvidar a estos sus hijos valientes. La Iglesia los honra con culto público, para que su intercesión obtenga del Señor una lluvia benéfica de gracias espirituales y temporales en toda España. La Iglesia, casa del perdón, no busca culpables. Quiere glorificar a estos testigos heroicos del evangelio de la caridad, porque merecen admiración e imitación.»

Angelo Card. Amato, SDB. Homilía de beatificación mártires del siglo XX en España, Año de la fe, Tarragona, 27/10/2013